

FOLLETIN DE "EL GUANCHE."

LA POESIA DEL MAR.

COLECCION DE CUENTOS MARITIMOS EN VERSO

POR

D. Ignacio de Negrin.

Ciudad de Santa Cruz de Tenerife
Imprenta y Litografía isleña de D. Juan N. Romero.
1861.

FOLLETTIN DEN DET GUANOHE.

Imprimé en la Ciudad y Gran Puerto de
Santa María, en la Imprenta nueva de

MAR.

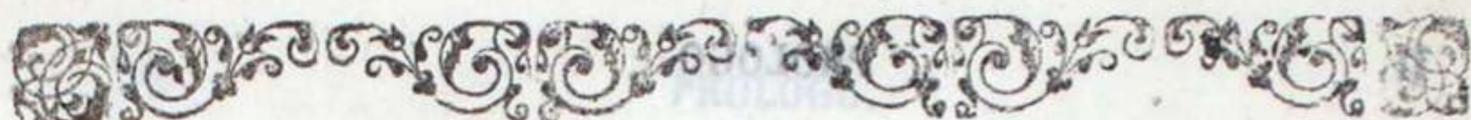
*Es propiedad del autor, quien perse-
guirá ante la ley al que la reimprima
sin su autorizacion.*

COLLECCION DE CUENTOS MARITIMOS EN VERSO

por

D. Ignacio de Negrete.

Ciudad de Santa Cruz de Tenerife
Imprenta y Litografía isleña de D. Juan N. Romero.
1881.



conocimientos del pequeño libro que hoy tengo entre las
manos.
Se repite en nuestro siglo una y mil veces cierta des-
consoladora teoría con la que no estoy de acuerdo, y con-
tra la que voy a decir algunas palabras, no tantas como
fuera mi deseo, pero las suficientes para hacer conocida mi
opinión. Se escribe, y por personas muy sabidas y plu-
mas de valer, que nuestro siglo al par que avanza en el
camino de la civilización, retrocede en la senda de la mo-
ral, y consiguientemente en la del arte y de la poesía.
Que mientras el hombre alcanza la perfección de su ser
y vida racional y humana, pierde la nobleza de su espí-
ritu, la idea de su ser se eleva y elevando moral y espiritual
vez más, y dando al goce vulgar y bastardo lo que el
sentimiento moral y elevado de su alma niega. Que hoy
todo se da á las pasiones de los sentidos, y nada á las ideas
grandiosas que impulsó al Creador cuando nos formó á lo-
dos en uno solo. Que por consecuencia de la marcha de
sus
Cúmpleme al comenzar este prefacio ó prólogo, ó quizá
mejor, juicio crítico acerca de los *Cuentos marítimos* del Sr.
D. Ignacio de Negrin, manifestar claramente mi aversión
á este género de trabajos, aversión bien justificada si se
considera el abuso que há tiempo viene cometándose en la
mayor parte de las obras originales que ven la luz pública,
al frente de cuyo primer capítulo se coloca generalmente un
artículo laudatorio escrito por un amigo del autor, cuando no por
el autor mismo. Y esta franca manifestacion mia tiene por objeto
asegurar que no me honro con el conocimiento del Sr. Negrin, ni
de sus versos he tenido noticia hasta que los he visto impresos,
por manera que mi juicio acerca de su valor ó de su mérito
es imparcial y verdadero, no forzado por la presión de la
amistad, ni aun del trato social. Mia ha sido la idea de exa-
minar *La poesía del mar*, y pedida vénia al autor aun por
segunda persona, me he atrevido á formular un parecer,
quizá errado, mas sincero y en armonia con mis escasos

conocimientos, del pequeño libro que hoy tengo entre las manos.

Se repite en nuestro siglo una y mil veces cierta desconsoladora teoría con la que no estoy de acuerdo, y contra la que voy á decir algunas palabras, no tantas como fuera mi deseo, pero las suficientes para hacer conocida mi opinion. Se escribe, y por personas muy autorizadas y plumas de valer, que nuestro siglo al par que avanza en el camino de la civilizacion, retrocede en la senda de la moral, y consiguientemente en la del arte y de la poesía. Que mientras el hombre alcanza la perfectibilidad de su ser y vida racional y humana, pierde la nobleza de su espíritu, la idea de su ser casi divino, materializándose cada vez mas, y dando al goce vulgar y bastardo lo que al ser timiendo moral y elevado de su alma niega. Que hoy todo se da á las pasiones de los sentidos, y nada á la idea grandiosa que impulsó al Creador cuando nos formó á todos en uno solo. Que por consecuencia de la marcha de las generaciones, las obras de éstas llevan el sello de sus necesidades, ó tal vez con mas propiedad de sus aspiraciones ambiciosas, y que el arte es la máquina así como el sentimiento es la pasión, y como el alma es el goce, y el goce es la voluptad, si puedo usar de esta palabra no muy castellana.

Tal vez no podré negar algo de todo esto á los pesimistas de la época, porque ni es el hombre tan perfecto que destruya por completo la opinion de los que le juzgan malo, ni pudiera en su pretendida perfeccion llenar los deseos de los escritores moralistas que deprimen sus cualidades: pero me debe ser lícito no creerle tan perverso que sea preciso anatematizar perpetuamente la sociedad, y pedir á Dios un nuevo diluvio que purifique la atmosfera de corrupcion que yo, ó miope ó muy contentadizo, no veo tan densa como á algunos parece.

El oro, se dice, repitiendo siempre la metáfora de la

serpiente del pueblo israelita, hace girar en su torno al grande y al pequeño, al noble y al plebeyo, al pobre y al rico. El oro, que proporciona el placer y el bienestar, es el móvil de todas las acciones de los hombres. No hay mas Dios que el oro. Al oro se humillan los poderosos. Ante el oro se postran los humildes. Por oro se vende la virtud, en cuyo caso deja de serlo. Oro da al vicio que la compra, y en todas partes el metal, á que llaman *vil* con mas ahinco los que mas le codician, es el primer elemento de la vida de los pueblos que hoy ocupan la estension de la tierra.

Confesemos que, esto cierto, nuestra situacion es dolorisísima. No podemos negar que ante un espectáculo tan desgarrador nada nos queda que esperar. La sociedad está disuelta; ya no hay familia, ya no hay honra, ya no existe el amor, ya no existe la fe.

Veamos en qué se funda el parecer de los que tal asientan; mas primeramente fijemos los efectos aparentes que señalan las causas ocultas de la decadencia ó engrandecimiento moral de un pueblo. Tres son, á mi modo de ver, tales efectos. El primero su religiosidad, esto es, el recuerdo de su ser; el segundo, su valor pátrio, ó lo que es lo mismo, su política, su dignidad, su respeto á las leyes, su nacionalidad, su independendencia; el tercero, su arte, es decir, su literatura, su industria, sus relaciones, sus costumbres.

¿Acaso indica en nuestros pueblos el primer efecto la causa de su decadencia? ¿Está de tal manera destruido el principio religioso en nuestra generacion que se pueda decir que no existe? No, y mil veces no. El siglo es creyente por mas que se afirme lo contrario. Investigue cada cual los arcanos de su conciencia, busque en el fondo de su alma el rayo de fe que le alumbrá en sus soledades, deseche el fuego de la duda que brilla ante sus ojos, y se encontrará digno de si. Pregunten los pesimistas al hombre si niega, y les contestará que cree. Píntele con negros colores el porvenir de su

alma, y el hombre mostrará que espera. Pídanle amor, y le dará probando que ama. La union de los hombres, de los pueblos y de las razas, ¿que significa sino el triunfo del sentimiento religioso en su mas alta gloriosa victoria? ¿Cuándo como hoy el hermano ha amado al hermano, el vecino al vecino, el rico al pobre, el pobre al rico, y todos al prójimo como à si mismo? Sensibles disturbios agitan todavia algunas naciones, y mas sensibles aun porque en la lucha se juegan derechos que unos consideran de origen divino, y otros de aplicacion humana, ¿pero entra acaso una ú otra apreciacion à perturbar el sentimiento religioso? ¿Altera tal contienda la integridad del dogma, como pretendian alterarlo tiempos atrás los Arrios, Luteros y Calvinos? No me estenderé sobre este primer efecto, por serme vedado el terreno de su discusion, pero dejaré à la imparcialidad de quien me lea, abierto el campo à sus deducciones, que algo probaràn en favor de la mia.

¿Quién dirá hoy que no existe el valor patrio? ¿Quién creará que los pueblos no se estiman en lo que valen? ¿Quién afirmará que no les alienta el espíritu de su poderío y de su fuerza? Tal vez porque desapareció el afán de la aventura y el derecho de la conquista se juzgará degradada à la nacion que no arroje sus huestes espada en mano à empresas temerarias que compran la gloria con sangre y con horrores. Pero tal valor me espanta, no me conmueve. Y aun cuando esto mismo se pretenda, ahí estan para contentamiento de todos los esfuerzos de dos pueblos que, protegiendo al débil, hace poco han llevado à cabo empresas de caballeridad como las que antaño no mucho se acostumbraban, y que hoy no se escatiman. Si en los efectos de la política deben actualmente borrarse cuadros que à unos mueven à risa y à lastima à otros, vuélvase la vista atras y compárese.

En el tercer efecto debia encontrar la decadencia del arte, y en este es, porque me atañe mas y atañe à mi

asunto, en el que mejor quiero combatir á los pesimistas del siglo. En el arte he comprendido la industria y las relaciones del pueblo. Sabido es por demás cuánto aventaja nuestra época á las pasadas en lo que respecta á estas dos fracciones del arte, del arte material y mecánico si se quiere, pero que al fin constituye un principio poderoso de progreso moral, puesto que eleva al bajo acercándole al que está mas alto, é igualando á ambos en derechos por medio de la inteligencia. Si este solo adelanto no constituye el primero y mas santo emblema del bienestar de un pueblo, no sé francamente dónde se debe buscar lo grande, lo noble, lo bueno, lo perfecto.

Las nobles artes, tenidas generalmente por la espresion verdadera del grado de cultura de una ó muchas generaciones, nos enseñan á través de los siglos esas historias que se han escrito con el cincel de Fidias, con los pinceles de Zeuzis. Aquí las Venus libidinosas patentizan el culto tributado á la hermosura, allí los caballos y las armas de los relieves de la columna de Trajano, la importancia que se daba á la guerra. Las catedrales góticas nos dan idea de la fantástica y grandiosa creencia de los primeros cristianos, y los acueductos romanos son muestra clara de la organizacion de un poder público solícito del bien comun y de las aventajadas concepciones de sus gigantescas obras de utilidad general. Y ahora bien; ¿por que el carril de hierro, y el alambre, y el hélice, y tantos descubrimientos de nuestros dias, al ser la manifestacion del espíritu creador y perfeccionador de la época, no han de simbolizar la union de los pueblos y el arte no menos noble de hacer una de todas las razas? ¿Es acaso que el pincel de Miguel Angel, al trazar los frescos del Vaticano, habrá prestado mas servicios á la humanidad que el martillo de Biasco de Garay al forjar las calderas en que habia de encerrar el gran elemento del vapor? ¿Por qué ha de merecer menos alabanzas el que construye un buque movido por el pro-

pulsor, que el que levanta una estatua à la Caridad? Si este rinde un tributo de admiracion y respeto à la mas hermosa de todas las virtudes, aquel acorta las distancias que separan los continentes, remedia con presteza las necesidades de uno ú otro, y facilita los medios de ejercer esa misma caridad representada por el mármol, por el lienzo ó por la poesía.

Me he estendido demasiado, y por esa razon no hablaré de las costumbres de los pueblos modernos, que si no patriarcales como las de los tiempos primitivos, están muy lejos de ser como las de muchas épocas en que el escándolo y la depravacion mas cínica han tenido altares en todas las ciudades, y à los que han rendido culto todos los hombres. Vendré solo à hablar de la literatura, que hoy se escarnece y se rebaja por los mismos que ejercen su sacerdocio.

Jamas, ni aun en la época del renacimiento, ha existido un movimiento literario comparable con el del siglo XIX. Ni en tiempo de los Calderones y Moretos, ni en los de Garcilaso y Fr. Luis de Leon, ni cuando el fecundísimo Lope escribía sus mil ochocientas comedias, ni cuando el gran Cervantes creaba su imperecedera corona de gloria, ha existido un afán tan creciente, una fé tan verdadera, un estudio tan profundo, un cultivo tan provechoso de las letras castellanas como el que hoy ocupa las inteligencias de muchos medianos escritores, de bastantes buenos, de algunos sobresalientes. Y à fé que no quiero comparar à ninguno de los de nuestros dias con los ya pasados, ni probar si éste hace mas que el otro hizo, ni si Breton corresponde à Lope ó à Tirso, ni si Zorrilla se alienta en mas levantada inspiracion que la de Herrera, puesto que los géneros de la literatura son distintos, y nada de comun tienen hoy aquellas y estas obras del ingenio. Pero defenderé con todas mis fuerzas mi opinion contra los que afirman que hoy no tenemos literatura porque no tenemos inspiracion, porque se materializa el siglo. Repito y repetiré

siempre lo contrario. Hoy tenemos poesia arrogante y épica en el duque de Rivas, chispeante y aguda en Breton de los Herreros romancesca y caballerosa en Zorrilla, sentimental y dulce en Hartzembusch, patética y trascendental, como hoy se dice, en Espronceda, clásica y severa en el marques de Molins, elegiaca en Gallegos, tirtéica en Quintana, trágica en Martinez de la Rosa, conmovedora en la Avellaneda, filosófica en Campoamor, satírica en Aguilera, ese poeta casi desconocido, que es el Juvenal de nuestros dias. ¡Y aun se niega que existe la poesia!

Muchos de los escritores que diariamente llenan con sus obras las librerías, y de los cuales apenas es leida la cuarta parte, encierran en sus imaginaciones mas ó menos fecundos gérmenes de inspiracion, que tal vez por la indolencia natural á todos los cultivadores del ingenio, no brillan como debieran; pero aun en lo que escrito vemos, en lo que por *necesidad* ó por ambicion de nombre se publica hállanse sobradas bellezas, muchas de primer orden, que pueden hacer la apología de los adelantos literarios de la época. Desgraciadamente son bastantes los que sin estro verdadero, sin disposiciones para las letras, lánzanse á la penosa carrera, y de estos malos hijos del Parnaso toman pie los que no se hallan contentos con el siglo en que han tenido la dicha de nacer para deplorar la decadencia de la literatura. Pues acaso, ¿no fué entre muy malos libros y escritores entre los que descolló Cervantes con su *Quijote*? ¿no existieron al lado de Calderon cien dramáticos desconocidos hoy, que fueron en su tiempo reprobados? ¿Y no brilló Moratin por encima de la roche de Comella? ¿Y no censuró mil veces Quevedo á su rival Góngora cuando este apeló al concepto, haciendose mal poeta de aventajado que era?

Censurese en buen hora el género de la moderna literatura francesa, pero aun en medio de tal censura apláudase el génio de Victor Hugo y Delavigne. Trátese con du-

reza tal ó cual tendencia de las letras españolas, póngase en tela de juicio la oportunidad mas ó menos justa de sus giros, pero no se niegue que existen sin decaer, y que existen brillantes como en los mejores tiempos, como en su época de oro. Juez de ello es el tiempo, aunque nosotros no conoceremos el fallo.

Ocasión para espresar mis opiniones en este punto me ha sugerido la lectura de la *Colección de cuentos marítimos en verso* de D. Ignacio de Negrin, poeta

*«que ni pretende ser docto,
ni presume que lo crean.»*

con la resolución de dar mi parecer sobre la misma obra. Y me ha parecido conveniente hacer que precediera al examen de las poesías del Sr. Negrin mi juicio sobre la decadencia supuesta de las letras castellanas, porque de tal manera aparecería mas en relieve el indisputable mérito del libro que me ocupa.

Inspirado en el mar, hablando siempre del mar, mojada, por decirlo así, la pluma del poeta en las ondas saladas, el género á que pertenecen estas composiciones es nuevo, y como nuevo y bien manejado seduce y entusiasma. Se comprende la inmensidad del Océano cuando se recorren las páginas que ha trazado el Sr. Negrin siempre á bordo y cumpliendo con un cargo importante penoso que de seguro está reñido con la poesía. Pero es tan grande el asunto á que ha cantado el jóven marino, tienen tantos atractivos para la imaginacion y se graban de una manera tan estable en la memoria las escenas de la vida de un buque, que al ingenio claro de nuestro poeta ha sido facilísimo trasladar á sus composiciones toda la animacion, toda la *poesia del mar*.

¡El mar! Es decir, lo inmenso, lo incomprensible. ¡El mar! Ese elemento poderosísimo, cuya violencia nadie puede contrastar cuando se alza arrogante queriendo hacer llegar sus espumas hasta el cielo, tronando con la tormenta, rugiendo

con el huracan, enseñoreandose de todos los elementos, haciendolos servir en el alarde bravio de su fuerza y de su indomable arrogancia. El mar, que es la poesia del firmamento, su reflejo, su hermano cuando en tranquilo murmurar arrulla la barca del marino, que entona á su compas esos cantos monótonos y dulces que no se escuchan sino á bordo. El mar ha sido la inspiracion del poeta Sr. Negrin. A sus ondas ha pedido voz y acentos con que elevar los suyos hasta la altura que merece asunto tan grande: pero oigámosle: el mismo señor Negrin nos lo dice en la introduccion á sus *Cuentos*, hablando con las aguas:

*«Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos,
Que espresan misteriosos tu insólito anhelar;
Si ruges, en los montes retumban tus bramidos;
Si lloras, en las playas rubricas tu pesar.*

*Yo voy de tu susurro la triste melodía,
La misteriosa endecha con fe á reproducir;
De tu furor los ecos cuando en la noche umbria
Deciende la centella tus senos á entreabrir.*

*Si, Océano impetuoso; para cantar tus iras
Desploma turbulenta tus olas sobre mí;
Mi voz será la tuya; los versos que me inspiras
Dirán lo que estasiado sobre tu faz oí.*

Fruto de tan alta idealizacion han sido los *Cuentos marítimos* de que tengo el placer de tratar, y digno fruto por cierto, puesto que no hallo en todo el libro ni una sola composicion que no deba apreciarse bajo un punto de vista. El Sr. Negrin ha sabido de tal manera unir las escenas de la vida de tierra con las de la mar, ha dado á sus caractéres un colorido tan vivo y tan lleno de verdad, ha logrado detallar con tanto acierto los menores incidentes de sus cua-

dros, que sin disputa alguna, ha hecho en las páginas de su *Poesía del mar* sentir la voz de la tormenta y la mansa quietud de las aguas en calma, y el chascar de los mástiles, y el rebramar sordo de las velas agitadas por un viento furioso y desigual, y la blasfemia del que ha perdido la fé en medio de la borrasca, como la oracion del que duplica la suya en el peligro, y el grito del abordaje, y el canto de amor del marino que recuerda su patria lejana, y el tronar del cañon entre la lucha de muerte y esterminio, y esos millares de sonidos que en paz y en guerra, en el buen tiempo y en la tormenta ha escuchado su alma, guardando el recuerdo en los repliegues de su ardorosa imaginacion. Con las poesías del señor Negrin en la mano se comprende lo que es ese elemento á que con tanta bravura se lanza el hombre, escudado con su no arredrada voluntad y defendido con su ciencia.

Leyendo sus *Cuentos* se sueña en los bajeles que pinta, se ve como.

*•Henchida la blanca lona
Rompiendo montes de espuma,
Vuela entre compacta bruma
El bergantin Sin rival.
No hay nave que le aventaje
Ni en su casco ni en su guinda,
Ni ha cruzado otra mas linda
Por la zona tropical.*

*• Como un pájaro marino
Siempre alado, y en el viento
Flotando el leon sangriento
De la patria de Cortés,
Burla tal vez ó persigue
Al que su intento embaraza,
Que nunca temió la caza
De su enemigo el inglés. •*

En la pintura de un abordaje, el Sr. Negrin está felicísimo. Oigamosle.

„Humo do quiera, confusion, tumulto!...“

El áspero silbar de la metralla

Se une al crujido del espeso forro

En astillas deshecho por las balas.

Los buques aferrados, cual atletas

Que los brazos desnudos entrelazan,

Se oprimen de tal modo que parecen

Animados tambien por la venganza.»

Para escribir de esta manera se necesita sentir, y haber sentido en el mar, y haberse recreado en la contemplacion de su hermosura, y haber temblado ante el cuadro tremendo de sus iras. Se necesita para trazar con tanta energia una lucha de dos buques en alta mar, alejados de la tierra y de los hombres, sin mas remedio que perecer el uno ó el otro, ó los dos á la vez, se necesita para trasladar al metro tan bárbaro esfuerzo ser poeta, y el señor Negrin nos da prueba de serlo. Voy á copiar algunos versos pintando un incendio á bordo:

„Fuego! al incendio! y en la popa asoman

En humo envueltas puntiagudas llamas,

Que destacando sus voraces lenguas

Por las torcidas, resinosas jarcias

Hasta los topes rechinando suben

Rojizas torres de infernal semblanza.

Y cuando el casco del bajel ardiente

Reventó en un volcan, las formas vagas

De aquellos hombres un instante viéronse

Sepultándose luego entre las aguas.»

¿No son dignos estos versos de ser citados con encomio? ¿Hay en ellos algo que no sea exacto, verdadero y palpitante? No se leen con avidez, no se identifica la imaginación con la del poeta que de tal modo hace sentir lo mismo que él siente?

Pero no es solo el Sr. Negrin poeta del mar, no solo tiene númen para cantar la bravura de las olas y la fiereza de los marinos. Por el contrario, su lira entona también coplas de amor dignas de nuestros mejores ingenios. Y no podía ser de otra manera. El mar tiene tantas perspectivas, habla al corazón con tan diferentes tonos, que el que le comprende, lo ha comprendido ya todo. El mar que hierve al anuncio de la borrasca inspira la fé de la religion; el mar que muere pausadamente el pesado bergantín al amanecer de un día claro, pintando de azul la superficie de las aguas y la bóveda del cielo inspira la fé del amor; el mar arrebatado, negro de cólera inspira el valor sin igual, el heroísmo sin nombre del que lucha contra el infierno todo; el mar que lleva rápido el bajel hácia el puerto deseado inspira el recuerdo más puro y más hermoso de la patria. El mar muestra al verdadero marino la sombría amenaza de un enemigo laudor, la sonrisa halagüeña de una querida, la cólera justísima de Dios ó su amor infinito. Por eso *La Poesía del mar* es arrogante unas veces, dulce otras, sombría en ocasiones. y en ocasiones franca y llena de contagiosa alegría.

En uno de los más bellos cuentos del Sr. Negrin encuentro las siguientes quintillas que honrarian á Espronceda:

*«El Africa! Fértil playa
Donde el mar rueda tranquilo
En tornasolada raya.
El Atlas es su atalaya,
Sus arroyuelos el Nilo.
Pliega en vano la tormenta*

*Sus tostados arenales,
Donde con faz opulenta
Tres pirámides ostenta
Por soberbias catedrales.*

*Un valle aquí pintoresco,
Mas allá un adoar beduino.
Y un cásis donde al fresco
Canta un romance arabesco
El musulman peregrino.*

*¡El Africa! Sí; allí está
Bordando el túbio horizonte,
Donde epenas luce ya
La luz del astro que va
Muriendo de monte en monte.»*

No quiero acumular citas por que este prólogo se va estendiendo mucho, pero como muestra del sentimiento religioso que respira la plegaria del Sr. Negrin à la Virgen del Càrmen, copiaré la siguiente bellissima estrofa:

*«Tú, Virgen de pureza
Estrella de los mares,
Magníficos cantares
Do quiera oyes sonar,
Y cuando luminosa
Tu faz pura se ostenta,
Humilde la tormenta
Despareciendo va.»*

Para admirar esta composicion preciso es leerla toda. En el diàlogo nuestro poeta tiene una facilidad extraordinaria. Las siguientes redondillas se tomarian por de Breton:

—«*Pero, ¡por vida de San!...
 ¡Si os juro que me buscó!
 —Como el otro que murió
 Por vuestra mano en Ceilan.
 Y luego quereis decir
 Que os insultan.. ¡sois fatal!
 ¡Qué lástima!... un oficial
 Tan jóven, de porvenir...
 —Ira de Dios, caballero!
 —Eso es; venid á buscarme
 Tambien camorra, y probarme
 Que no os da por pendenciero.»*

Para concluir citaré solamente las dos estrofas que siguen de su oda «Roma y Cartago,» escrita hace ya bastantes años:

*«¡Albion! Albion!... ¡qué esperas?...
 No te pierda tal vez tanta arrogancia!
 ¡Ay de tí si altaneras
 Se desprenden á hendir raudas esferas
 Las imperiales águilas de Francia!
 ¡Ay! si ese rumor vago
 Proporciona gigantes al fin toma!
 ¡Ay! si el destino aciago
 Desprende sobre tí, rica Cartago,
 Los espesos ejércitos de Roma!»*

Creo poder asegurar que las poesías del Sr. Negrin merecen ser leídas con atención, y que este jóven marino podría alcanzar un puesto digno entre nuestros modernos poetas si se dedicase con mas asiduidad al cultivo de las letras. Sus obras me ayudarian á probar mi opinion contra los detractores pesimistas del siglo, y seria una página honrosa más escrita en la historia literaria española, que tantas cuenta en épocas pasadas, y que aumenta de tal modo sus glorias en la presente.

F. VILLALVA.



LA CONDOR.

EPISODIO MARÍTIMO

DEDICADO Á MI APRECIABLE AMIGO EL TENIENTE DE NAVIO

DON JOAQUIN JOSÉ NAVARRO.

*Hará cosa de treinta años
Con muy corta diferencia
Que ambos mares infestaba,
Segun las historias cuentan,
Entre otros muchos, un buque
Pirata, de fama inmensa.
Solo el eco de su nombre
Aterraba las riberas
Que baña el mar desde Bóston
A la ardiente Venezuela,
Y al atravesar el golfo
De las Damas, ó á la vuelta
De Occidente el tormentoso
Que han llamado de las Yeguas,
No habia barco grande ó chico
Urca, lugre ó carabela*

Que no llevase oportuno
Un tope (3) en cada cruceta,
La vista en el horizonte
Por temor ó por prudencia.
Y la CONDOR mientras tanto,
(Que así la crónica reza
Denominaba el pirata
A su famosa goleta)
Siempre activa, siempre ufana,
Temible cuanto ligera,
Cruzaba mares y mares
Sin otro plan ni cautela
Que correr el viento en popa
O perseguir una presa
Rica en perlas de Golconda,
De orientales frutos llena.
Veinte veces en sus aguas
Vió la atrevida goleta
Las dentadas baterías
De una fragata de guerra
Cazándola á todo trapo
Sobres, alas y rastreras.
Pero en vano, porque al verse
Con vecino de tal cuenta,
La CONDOR como una anguila
Se deslizaba ligera
Sin dejar sobre las olas
Que barren su blanca estela (4)
Señal alguna que indique
De su dirección la huella.
Mas si al astuto enemigo
Que intentaba sorprenderla
No mostraba en sus costados,
Escesiva fortaleza,
Entonces el buen pirata

Obraba de otra manera.
Desde luego por abante
Viraba (5), de la otra vuelta,
En busca de su enemigo
Navegaba á toda vela
Brindando él mismo al combate
Bandera contra bandera.
Por lo regular vencía
Como vence el que pelea
Sabiendo que si es vencido
Le casan in facie ecclesiæ
Con una de dos matronas,
O la horca ó la galera.
Pero lo mas admirable,
Lo que quizas te sorprenda,
O lector, es que el pirata
De quien tantas cosas cuentan,
Jamás en sangre sus manos
De los vencidos tiñera,
Contentándose apacible
Con apropiarse su hacienda
Y dejarles unas vidas
Que como mala moneda
No aumentan en un ochavo
Del capitán las talegas.
Jamás se apuró por nada
Nuestro buen hombre; risueña
Siempre su faz y tranquila,
Hora espantosa rugiera
La borrasca en cruda noche,
Ó súbito entre la niebla
Un majestuoso navio
Sus dos fajas (6) descubriera,
Siempre un chiste, una palabra
Festiva mas que soberbia.

Desterraba de su bordo
El rencor y la tristeza:
Dándole nuevo prestigio
Entre aquellos que le cercan
Su buen humor invariable,
Su valor á toda prueba.

Un dia vió la CONDOR
Con sorpresa de su gente
Una fragata imponente
Por su banda de estribor. .

Del mar en la blanca espuma
Como un pájaro asentada
Arrullábase velada
Por el manto de la bruma.

Y no fué culpa ó descuido
Tal vecino antes no ver,
Que en la mar es un deber
Vivir siempre prevenido.

Sino que tanto las nieblas
Doblaron su denso velo,
Que aguas, horizonte y cielo
Sepultaron en tinieblas.

Todos al ver la fragata
Frunciéron torvos el ceño,
Menos el siempre risueño
Siempre impasible pirata.

Miróla bien, y despues
Con la misma sangre fria
Dijo:—Por Dios juraria
Que ese amiguito es ingles.

Ya larga su pabellon...
¡Bien venido el Leopardo!

Vaya, largad sin retardo
Las insignias de la Union.

Para nosotros, iguales
Son todos los pabellones,
Que de todas las naciones
Tengo yo las armas reales.

Y si ayer con un turbante
Ceñí mi frente en Argel,
Hoy asciendo de un bajel
De América á comandante.

Tal dijo y en un momento
Transformado en oficial
Listo, risueño y marcial
Se embarcó por sotavento.

Y á la frágata maldita
Lanzó su barca ligera,
Larga á popa la bandera
Que el viento inconstante agita.

Y mientras tanto los dos
Buques en facha bracearon.
Y al costado se aguantaron
El uno del otro en pos.

¡Por Dios! le dijo el capitán pirata
Al comandante del bajel inglés,
Que por poquito entre la niebla oscura
Nos escurrimos sin podernos ver.
Y á fé, lo hubiera deplorado mucho,
Que si abundantes viveres teneis
No será malo que me deis algunos,
Pues ni galleta tengo en mi bajel.
Tres meses hace que salí de puerto
Y el mismo tiempo, si recuerdo bien,

Que ni à mis gabias he tomado un rizo,
Ni en playa alguna el áncora largué.
Buscando voy á la CONDOR, pirata
De alto renombre, como ya sabreis,
Y hasta encontrarla donde quier se oculte,
He prometido á Bóston no volver.
¿Por ventura, noticias valederas
De tal pirata recojido habeis?
—En vano he preguntado á cuatro buques
Que á la voz he tenido antes de ayer,
Pues por cazar ese infernal pirata
Alguna cosa diera yo tambien.
Mucho en Sumatra, de donde ahora vengo,
Me ponderaron la pericia de él.
Diciéndome no hay barco que le siga
Ni que pueda aguantarse á su través.
Pero yo os juro que si un solo instante
Desde mis topes lo llegase á ver,
Para escapar de mi velóz fragata
No le sirvieran sus nombrados pies.
—¿De veras, comandante?— Os lo aseguro;
—Si tal firmeza en vuestro andar teneis ..
—Pintada tengo á la CONDOR maldita
Y por cierto que al veros sospeché,
Comparando mi copia y vuestro barco,
Con la CONDOR tenérmelas que haber.
¡Y por San Jorge! Si tardais un punto
En arbolar el pabellon, despues
Sobre voz con alcázar y castillo
El fuego rompo súbito á la vez.
—¡Já! ¡Já! Dijo el pirata, cuya risa
Sarcástica brotaba; ¿pues sabeis
Que eran buenos los viveres que entónces
Patriótico nos dábaís á roer?
Por fortuna al momenio he conocido

*Vuestra fragata; con que así, ya veis
Que es justo me surtais de buen tocino
Por las balas que en cambio os ahorré.*

*Pocos momentos despues
Viento en popa navegando,
Se iba el pirata alejando
Del bueno y crédulo inglés.
Y mientras este la vuelta
Del cabo Lezard andaba,
La goleta continuaba
Sus robos á rienda suelta.*

*En una noche estrellada,
Limpida, pura y serena,
Noches como esas que solo
Sobre los mares se encuentran
De soledad y de calma,
De expansion y de tristeza;
Noche, en fin, en que adormidas
Las auras y el mar con ellas,
Vaga la mente, se esparce
Por el infinito, y rueda
Sobre la faz tachonada
De las celestes esferas
Adivinando escondida
Tras de sus túrgidas telas
Una deidad soberana
Que las rige y las ordena;
Sola, triste y misteriosa
Hallábase la goleta*

CONDOR anclada á muy corta
distancia de la ribera.

Negros peñascos que en torno
Su faz carcomida elevan
Tornando una exigua rada
Cuya boca misma cierran,
Le prestan seguro asilo
Y vigorosa defensa

Ya de un bajel adversario,
Ya de furiosa tormenta.

Todo era silencio à bordo.

Alzándose en líneas rectas

Airosos, limpios, erguidos

Como dos agudas flechas,

Los palos donde reposan

A distancias paralelas

Graciosamente guindadas

En anchas cruces las vergas.

Sobre la faz blanquecina

De las aguas, donde rielá

Triste la luz de la luna

Tibia al par que amarillenta,

Destacábase tendido

Con airosa gentileza

Como un casco en miniatura,

El casco de la goleta.

De inimitables perfles,

De incomparable limpieza.

Prora aguda y bien lanzada,

Larga eslora (8) manga (9) estrecha,

Sin arrufo (10) que lo encurve

Ni quebranto (11) que lo tuerza;

Buen calado (12), fuerte amena,

Popa elíptica y esbelta

Y un águila victoriosa

Grabada con oro en ella;
Buena chaza (13), claras portas
Por donde asoman las negras
Bocas del torneado bronce
Con silenciosa fiereza;
Tal de la CONDOR el casco
Pintado un artista hubiera,
Y aun distante se quedara
Del original la muestra.

Mas hé aqui que de improviso
Con voz penetrante y hueca
¡Al Arma! gritó azorado
Vigilante el centinela;—
¡Al arma todos! ¡Al arma!
¡Todo el mundo á la cubierta!—

Lo que causaba el tumulto
De la CONDOR, á deshora,
No era un agua descubierta (14)
Ni una rebelion, ni cosa
Parecida á las que suelen
Poner á bordo en zozobra,
Sino la súbita y grave
Aparicion en la boca
De la rada, estrecha y triste,
De una fragata que ansiosa
Luchaba contra la calma,
Por sus botes se remolca
Para forzar el torcido
Canal que las peñas bordan,
Y alcanzar el fondeadero
Donde la CONDOR reposa.
Y avanzando lentamente

Cazadas (15) sus velas todas
Por aprovechar el hálito
Con que el ambiente las roza;
Como un erguido fantasma
De faz amenazadora
Cruzó del estrecho puerto
La superficie recóndita,
Y fondeando del pirata
A una distancia muy corta
Le presentó del costado
La blanca endentada zona.
Sus velas cargó en silencio
Aferrándolas con toda
La exactitud que en los buques
Militares se vé sola,
Y poco despues abordo
De la CONDOR su canoa
Despachó con seis remeros
Portadores de esta nota:
— «Al cabo, señor pirata
Descubrí vuestra tramoya,
Que el que mal anda mal muere
A la larga ó á la corta,
Recordareis que unos viveres
Os presté, y como hasta ahora
No me los habeis pagado
Y recobrarlos me importa,
Vengo la cuenta á pedirlos
Con intereses y costas.
Con que os rendís al momento
A discrecion, ó las bocas
De mis cañones os hablan
Con voz mas breve y sonora.—
Leyó el papel el pirata
Con su inalterable sorna,

Y estampó al pié de la firma
Esta respuesta lacónica:
—«La CONDOR paga sus deudas,
Pero rendirse ¡ni en broma!»—
Y despachando el mensaje
Llamó su equipaje (16) á popa,
Y en voz grave y decisiva
De tal suerte les perora:—
«Ya estais viendo, mis valientes,
Que el inglés no nos perdona
La galleta y el tocino
Que nos prestó: ¡Sea en buen hora!
Yo no rindo mi goleta;
Y antes con ella y mi honra
Volaré, que no el gaznate
Dar estúpido á la horca.
El que quiera que se vaya:
Salida hay entre las rocas
De vosotros conocida,
Y embarcaciones de sobra;
Recoged cuanto de precio
Haya, ó valor, que eso os toca
De derecho; yo no quiero
Mas que una mecha y la pólvora,
Para dar á ese tunante
Una leccion que le ponga
De manifesto quien era
Esa CONDOR cuya sombra
Temblar hizo á los ingleses
Y á sus naves orgullosas.»
Calló el marino: su gente
Mirándose con faz torva
Estuvo un punto indecisa,
Y luego, así como en todas
las circunstancias supremas

*Ha sucedido, cual opta
Por la fuga, y cual espera
Con resolucion heróica
Una muerte sin ejemplo,
Segura, pero gloriosa.*

*Rompió el fuego el inglés con rabia fiera
Y al inflamarse el bronce atronador
Viose tendida funeral bandera
En el pico flotar de la CONDOR.*

*De luto al par que de altivez enseña,
Clavada al mástil para siempre está;
Como un insulto á la soberbia isleña
Que hasta los muros de Wensminster va.*

*Ardiente el bronce sin cesar estalla
Sobre el pirata con tonante ardor
Y al impetu veloz de la metralla
Los mástiles se tronchan cen fragor.—*

*Y sufriendo balazo tras balazo
La misera goleta por do quier,
No dispara ni un solo cañonazo
Que utestigue siquiera su poder.*

*—«Y es esa la CONDOR cuya bandera
Llenaba el Oceano de terror?»
Dijo el inglés irguiendo la altanera
Tostada frente con marcial vigor.—*

*«Que cese el fuego y en tropel salvaje
«Las chalupas indómitos llenad:
«Tomadme esa goleta al abordaje
«Destrozándola toda sin piedad.—*

*«Vencer es mi costumbre cuando ataco
Tesoros os prometo si venceis;
Volad y entradla con furor á saco*

«Sin que una vida sola perdoneis.»

Tal dijo el comandante, y de roata,
La turba á los bajeles se lanzó
Y al destrozado casco del pirata
Con hondos hurras infernal trepó.

Mas al sentar la planta en la cubierta
Donde esperaban con ardor luchar,
Solitaria la hallaron y desierta;
Triste sepulcro que arrullaba el mar.

Feroces se miraban, cuando avieza
Por un roto mamparo apareció
Del pirata la livida cabeza
Que la luz de la luna iluminó.—

— «Hola! les dijo con talante fiero,
«Celebro que me hagais tan alto honor;
«Venid á ver como impasible muero
»Volando por mi mano á la CONDOR.»—

Aun en alas del eco resonando
Iba la voz del torvo capitan,
Y en piélago de llamas estallando
Reventó la goleta en un volcan.

El mar en calma, enrojecidas olas
Al choque estremecido levantó
Belando el humo denso las corolas
Que la ferviente espuma amontonó.

Y al asomar el sol en el oriente
Quedaba de aquel duelo singular
La fragata fondeada solamente
Y esparcidos fragmentos sobre el mar.

TRAFALGAR.

«Inglés te aborreci, héroe te admiro...»
(QUINTANA.)

AL SR. D. FRANCISCO CHACON Y ORTA,

CAPITAN DE NAVIO DE LA ARMADA.

*Nelson y Trafalgar!... funebres nombres
Que repiten las ondas todavía
Con triste cantilena
Rompiéndose en la arena
De la feraz y ardiente Andalucía.—
Trafalgar! Trafalgar!... ¿Donde las naves
Están que poderosas
Tus agitados montes oprimieron,
Y en tu movible espuma
Con gentileza suma
Las órdenes marciales estendieron?
¿Do está, do está la omnipotente armada,
Conjunto de bajeles que lanzaron
En su secundo afán tres arsenales
A las revueltas olas,*

Magníficos y ardientes pedestales
De las temidas armas españolas?
;En donde están; en donde?...
La mano del destino
La existencia marcó de esos bajeles:
Mecida en la tormenta
Rápida, inexorable
La muerte presentó su faz rugosa,
Y en las aguas del inclito Oceano
Tinto en sangre del noble castellano,
Se dió tremenda pero augusta fosa!
;Sangriento al par que memorable día!
No fué la cobardía.
No el misero temor, oh! noble España,
Lo que robó á tu suelo altos varones;
Ejemplo á las naciones
De acendrado valor y al mundo dieron
Luchando, hasta morir, como leones,
Sin humillar altivos los pendones
A cuya sombra augusta perecieron,
Mas ay! quien puede la fortuna instable
Ni un punto detener! En vano Alsedo
Indómito se lanza: y de Churruca
La simpática voz mueve y anima
Su gente á combatir; si lemerarios
Les cercan sus terribles adversarios,
En poco les estima,
Y encerrado en un círculo de fuego
Que lanza en torno devorante llama
Tremola hasta morir el orislama
De Castilla y Leon, en ira ciego.
Cinco naves la baten, vomitando
La muerte sin cesar; mas nada alcanza
De aquel marino insigne y generoso
A domeñar un punto la pujanza.

Murió por fin, mas de laurel glorioso
La ninfa del valor ciñó su frente,
Y el mismo inglés ante su faz de hinojos
Saludó con respeto sus despojos,
Despojos inmortales de un valiente.
Bien el torvo Valdés á quien proclama
Sublime en San Vicente
La trompa de la fama,
Sus altos hechos y su nombre abona
Tambien en Trafalgar: rápido vuela
Donde el honor y su deber le llaman,
Y al general indigno que abandona,
Trémulo de furor contesta luego
Cuando le ordena que su rumba siga:
—“Seguidle si quereis; á mi me obliga
Señal mas noble y superior— ¡el fuego!”
Veloz al par que denodado gira
Tendida al viento la volante lona.
Y á la enemiga hueste acometiendo
Con sus bronces aumenta el ronco estruendo
De la inflamada zona
Pardo, y espeso, y enlutando el dia
Aligero se eleva hasta lo sumo
En inmensas pirámides el humo
Que aborta la tonante artillería.
¡Pero cómo podria
Mi cítara cantar los altos hechos
De aquel infausto dia
Que entre sangrientos soles
Conservan los anales españoles?
Allí rudo se ostenta
Sobre la faz del inclito Galiano
El valor castellano,
Cuando á su gente dice
Con voz pujante y á la par severa:

—“¡Cumplid vuestro deber, hijos de España.
Mirad que está clavada mi bandera!”

Los Alavas, los Flores,
Todos émulos son, y á su bravura
El Océano tiembla enrojecido
Como ronco leon enfurecido
Sobre el ardiente campo de batalla
Mortíferos torrentes de metralla
Súbito lanza el inmortal Gravina,
Los célebres momentos imitando
Que ilustraron á Grecia en Salamina.
¡Mas todo inútil fué!... ¡La faz velando
Con sinebre crespon, la diosa augusta
Del ancho Bétis, se alejó llorando!...
Nelson estaba allí! ¡Terrible sombra!
Pavor del Oceano

Que surca sin cesar en anchas quillas,
Su nombre esculpe con potente mano
Del Sund y de Abukir en las orillas.

Y á la vista del alto promontorio
Que Lusitania lanza el Occidente,
Con impetu terrible á su enemigo
Acomete exclamando

Palabras que resuenan en la historia:

—“¡EN WENSMINSTER MI TUMBA, Ó LA VICTORIA!”

¡Nelson!... A sus navios
Sigue do quier sumisa la fortuna;
La diosa de la guerra
Coronas teje para orlar su frente
Do reverbera ardiente
La gloria nacional de la Inglaterra,
Grande debiste ser, naval coloso,
Cuando á pesar del odio sin ejemplo
Que profesaste á la nacion hispana,
Tu memoria cantó sin amargura

La nacional y pura
Citara del dulcísimo Quintana:
¡Digno cantor del héroe esclarecido!
La muerte le alcanzó cuando luchando,
El imperio del mundo apetecido
Glorioso conquistaba,
Y de las manos casi lo arrancaba
De otro genio potente,
A cuya voz sumiso el continente
La envilecida frente doblegaba;
La muerte le alcanzó como á Galiano,
Como al noble Churruca,
Como el esperto y sin igual Gravina.
De luto y desconsuelo la marina
Cubierto en Trafalgar, quedóle al menos
El timbre del valor y la constancia,
Recordando en un punto
Los patrióticos pechos de Sagunto
Las inflamadas torres de Numancia.
Tristes las ondas en doliente arrullo
De Gades en las costas, todavía
Repiten: ¡TRAFALGAR! Y en el murmullo
Del aura embalsamada
Que refresca la ardiente Andalucía,
También el eco ¡TRAFALGAR! responde;
Y al envolver la luna amarillenta
Su faz en nebulosos vendabales,
De ¡TRAFALGAR! los ecos funerales
Arrastra rebramando la tormenta.

— 82 —
EL CAPITAN WOLF.

AL SR. D. FRANCISCO BRIONES, CAPITAN DE NAVIO,

TRADUCCION LIBRE DE EUGENIO SUÉ.

«Con pensamientos de angel
Con mezquindades de hombre.»
(ESPRONCEDA.)

I.

LA ORGÍA.

*Anclada nuestra corbeta
Sobre las aguas tranquilas
Del puerto do se levanta
La renombrada MELITA,
Famosa por sus templarios
En otro tiempo, y hoy rica
De tradiciones gloriosas,
De naranjas y de runas;
Corteses, cual de costumbre,
Una espléndida comida
Nos dieron los oficiales
Que dotaban la magnífica*

Fragata inglesa COONWALLIS

A la sazón en bahía.

*Como en tales ocasiones
Acontece, las bebidas
Hicieron copioso gasto
Derramándose á porfía
Los mas exquisitos néctares
Que han producido las viñas
De Lipari y de Madera
Del Rhin y de Andalucía.
Llenas sin cesar las copas,
Y las cabezas henchidas
Del licor estimulante
Cuyos vapores escitan
Ya misteriosos sarcasmos,
Ya desenfrenadas risas,
Acabóse por do acaban
Comunmente en la marina
Los refrescos y banquetes
Que el bello sexo no anima.
Rompiéronse las botellas,
Quebráronse las vajillas,
Siguió en CRESCENDO el tumulto,
Menudeáronse vivas,
Aclamaciones, y todo
De tal manera y tal guisa
Que al cabo tocó los puntos
De una estrepitosa orgía.*

*Entre otras muchas, tratóse
La cuestion siempre atractiva
Del amor, deidad suprema
Que aunque vieja siempre es niña;
Y cada cual, por supuesto,
Con la cabeza aturdida
Torpe lengua, y voz tonante,*

Combate, niega ó confirma
La opinion que otro cofrade
Sentó por obvia y sencilla.
Y mientras en el tumulto
Descuellan sonoras risas,
Apóstrofes, indirectas,
Y amistosas invectivas,
Mi vecino de la izquierda
Que llevaba ya sorbidas
Sendas copas de Champagne
Y no menos Malvasia,
Me dijo con un acento
Dulce como su sonrisa,
La copa haciendo pedazos
Con una calma inaudita:
—«¡Por cierto son bien estúpidos
Los que tal cuestion agitan,
Discutiendo de colores
Cuando carecen de vista!
¿Quereis venir á pasaros
Un momento á la toldilla?»
—«Con mucho gusto, gozoso
Le respondí, que á fé mia
Tenemos aquí una atmósfera
Para morir por asfixia.»
Y abandonando la cámara
Nos lanzamos en seguida
Sobre cubierta, aspirando
De la tarde el aura tibia.
Mi nuevo amigo era un hombre
De franca fisonomía,
Ingés, rubio, talla esbelta,
Frente serena y altiva,
De edad treinta primaveras,
Y voz tan dulce y meliflua.

Que sin querer inspiraba
Vencedora simpatía.
Miróme un punto, y tendiéndome
Su mano afilada y fina.
—“No sé me dijo, la causa
Que me impele y precipita,
Mas es fuerza que una historia
Os relate; historia mía
Que nadie en el mundo sabe,
Que en mi corazón escrita
Con letras está de fuego
Y por la que acaso exija
Para guardar mi secreto
Jugueis conmigo la vida.”
—¡Cáspita! dije yo entonces
La ocurrencia es peregrina:
Dejémoslo si os parece
Para mañana; hoy escitan
Vuestra mente los licores,
Y quizás cuando tranquila
Vuestras ideas...—Entonces,
Me interrumpió, no os diría
Lo que Dios ó el mismo infierno
A contaros hoy me obliga;
¡Y ello es fuerza que os lo cuente!
Y tal candidéz había
De Wolf (que este era su nombre)
En la voz y en la sonrisa,
Tal atracción en sus ojos
Y hasta en su rareza misma,
Que me preparé á escucharle
Casi, casi con delicia,
Mientras sin un leve soplo
De las auras adormidas
Banderas y gallardetes

*A lo largo de las drizas
Colgaban como las flores
Cuando sus tallos inclinan.*

II.

INÉS.

*Dos años hace yá: mandaba entonces
Una goleta yó, con el encargo
De convoyar los buques del comercio,
Y en casos imprevistos auxiliares
Para lo cual los almirantes lores
Mi estacion permanente señalaron
En el PORTO-VENERE, entre los golfos
De Génova y de Spezzia colocado,
Ceñidos de arrecifes en su boca
Mas de seguro y protector amparo.
Triste la poblacion era á lo sumo.
Mas habitaba en ella por mi infausto
Destino, una muger á cuyo nombre
Aun late el corazon... ¡recuerdo amargo!
Llamábase ella Inés, y única hija
Era del capitan á cuyo mando
Subordinada estaba la marina;
Razon por que muy pronto nos hallamos
Con amistosos vínculos unidos
Preludios de otros vínculos mas gratos.
Inés no era italiana; en las ardientes
Zonas que ciñe el trópico abrasado
Vió la luz al nacer, sobre las costas
De la América austral; sus ojos garzos*

*Destellaban la luz de las pasiones
Que bajo el pecho cándido y nevado
Como en el seno ardiente del Vesubio
Germinaban sus sienes abrasando.
Tersa la frente, rosa en las mejillas,
Blanco marfil entre los rojos labios
Y en magníficas ondas el cabello
Sobre un cuello de cisne destrenzado,
Su rostro inolvidable parecía
Sobre el rostro de un ángel modelado.
Yo la amé con furor; la amé cual solo
Por una vez en nuestra vida amamos,
Viviendo en el objeto que se adora
Su aliento á todas horas respirando:
Una tarde que oraba fervorosa
Como otras muchas veces á mi lado,
—«Orad por mí, le dije tiernamente,
Mientras yo oro por vos;»—y ella su mano
Tendiéndome amistosa, ¡y bien! me dijo,
¿Qué teneis que pedir?—¡Oh cielo santo!
Dije yo entonces con fervor sin límites,
Haced que me ame Inés como yo la amo!
—«Señor, dijo ella entonces, hácia el cielo
Sus encendidos ojos levantando;
No permitais que me ame el que yo adoro
Ya que para mí mal le quiero tanto!»—
Calculad el placer que sus palabras
Deliciosas y puras me causaron,
Las horas desde entonces deliciosas
Para nosotros rápidas pasaron,
Yo muriendo de amor, y ella inocente
Mis púdicas palabras escuchando.
Llegó un día por fin que cierto buque
Fue á visitar el afectuoso anciano,
Quedándose á su bordo en cuarentena*

Por no haber desde luego declarado
El capitán que entre su gente había
Señales sospechosas de contagio,
Ya podeis calcular cuanto al saberlo
Sentí mi corazón enagenado.
Iba á hallarme por fin con Inés solo,
Su rostro á ver por el pudor velado,
Y á prebarle que aun era mi respeto
Mas grande que mi amor á sus encantos.
Radiante de placer iba yo á verla
Cuando á la vez mis topes señalaron
Un aviso á lo lejos, y preciso
Me fué esperar; mis botes esquipados
Mandé al punto á su bordo, que volvieron
Trayendo presurosos un despacho
Que me ordenaba abandonar el puerto
Al romper el crepúsculo inmediato,
Para evitar de fuerzas enemigas
Que se acercaban, verme bloqueado.
—«¡Bien! exclamé; tenemos una noche,
Una noche no mas, y es necesario,
Que sea mi esposa Inés, y que me siga
Para nunca volver á separarnos.»
Tomé, pues, mis pistolas, y hácia tierra
Me dirijí frenético y osado:
Mas cual fué mi sorpresa cuando oyendo
Del almirante el infernal mandato,
Ligera Inés se abalanzó á mi cuello
Y lágrimas ¡ay!..., sin cuento derramando.
—Te vas! me dijo, al fin llegó la hora,
Llegó el instante tan temido: acaso
No volverás á recordar los días
Que tan hermosos para mí pasaron!
¡Quizás, ¡ay cielo! hasta mi nombre olvides
Cuando yo el tuyo moriré adorando!

— «Jamás; le contesté; partir no puedo
Dejando aquí mi corazón; hagamos
Un esfuerzo supremo; en esta noche
Cuando del cielo el tachonado manto
Se empiece á descorrer, un sacerdote
Benedicirá la union de nuestras manos
Y al despuntar el alba en mi goleta
Surcaremos la faz del Oceano.
Tu padre nos dará su asentimiento:
Voy á verle ahora mismo, y cuando osados
Los franceses me cierren la salida
Me alentará tu amor á derrotarlos.» —
— «¡Morir contigo es bendecir la muerte!» —
Me contestó la pobre sollozando!...
¿No es cierto que era yo bien venturoso?...
Con indecible afán llegué volando
A la goleta y lo dispuse todo
Para salir en el momento dado.
Era el anocheecer... en mi impaciencia
Tomé un pequeño esquife, y arbolando
Yo mismo la flexible y blanca lona
Sin marinero alguno, solo, ufano
Con mi dicha futura, dirigime
A un punto de la costa resguardado
Donde daba el jardín en que mi bella
Me aguardaba de amores suspirando. —
Cerca ya de un escollo en que las olas
Se destrenzaban con murmullo vago
Sentí la voz de un hombre que venia
Hacia mi esquife rápido nadando.
— «¡Esperad! esperad!» — con ronco acento
Repitió el infeliz, mientras al paio (17)
Me puse y esperé, llegando á poco
El diestro nadador á mi costado.
— Suis oficial, me dijo de ese buque

De guerra inglés? — Sin duda yo lo mando. —

— Pues entonces tomad, — y de su cuello

Desprendiendo un estuche, entre mis manos

Un oficio me hallé del almirante

De este modo inflexible redactado:

— « Quizás en breves horas los franceses

« Van el puerto á cerrar, por lo que aguardo

« Que sin perder momento deis la vela

« Cortando vuestros cables sin llevarlos (18)

« Para evitar sospeche el enemigo,

« Si ya estuviese en derredor cruzando

« Mi patron os envio, con la orden

« De penetrar en ese puerto á nado.

Pensad como quedé cuando me impuse

De aquel maldito aterrador mandato!

No cumplirlo al instante era imposible,

Y abandonar á Inés!, , oh! ni pensarlo!

Inés que me esperaba, hermosa, ardiente,

Desconocidos goces ocultando!...

Imposible! imposible! ¿pero como

Retroceder tambien? testigo infausto

De mi conducta el triste marinero

Portador del papel, estaba al lado

Como un juez impasible y tremebundo

Que fuese á dar su inexorable fallo.

— « Pues vamos á partir, démonos prisa

Me dijo el buen patron; ya he divisado

Al venir, cuatro velas, con que solo

Pueden ya nuestros pies servirnos de algo. » —

Yo no sé qué terribles pensamientos

En confuso turbion siniestro y vago

Por mi encendida frente cual fantasmas

Enrojecidas á la vez cruzaron!... —

III.

CONTINUACION DEL CUENTO.

*Mi primer pensamiento
Fué no salir; en ello aventuraba
La existencia, es verdad; mas ¿qué la vida
Después de aquella noche me importaba?
Pero aquel hombre que con faz serena
Sumergido en las olas
Como un monstruo marino me miraba,
Cuyas miradas solas
Reslejando el valor y la inocencia,
Sin trueque despertaban
La inexorable voz de mi conciencia;
Aquel hombre fatal me perseguía,
Y sin saberlo él mismo
Aborto en sus furoros del abismo
Mis planes destruía.
Mientras por mi cabeza enloquecida
En tumultuosa confusión ardiente
Sinestros pensamientos se cruzaban;
Mi barca detenida
De la cercana costa se alejaba,
Siguiendo mansamente
El impulso veloz de la corriente
Que á un sitio de la rada se lanzaba,
Do en espiral tremenda,
Bullendo de continuo
Mortífera vorágine ensanchaba
Su perverso incesante remolino.*

*De súbito una voz seca y aguda
Cual la que exhala el pecho dolorido
Del que el último adios pronuncia al mundo,
Voz semejante á un lúgubre gemido,
Rasgó el silencio lóbrego y profundo
Penetrando crudísima en mi oído.
Volví mis turbios ojos,
Y en la fatal vorágine luchando
Hallé al patron, la vista enrojecida
De un modo singular en mi clavando.
La diestra mano blanca y aterida
Con espresion horrible me alargaba
Demandandome ayuda,
Mientras terrible y muda
La superficie hirviente lo tragaba.
¡Desdichado de mi! Salvarle pude,
Pero el genio del mal me detenía,
Con él también moría
Mi tremendo secreto, que una noche
De immaculado amor me prometía;
Y en impasible calma
Sucumbiendo á la fuerza del destino,
Le vi desaparecer los azorados
Ojos clavando en mi desencajados.
¡ASESINO! llamándome, ¡ASESINO!*

*Despuntaba ya el día
Cuando me puse en vela; abandonando
Mi segura mansion, del enemigo
Las superiores fuerzas arrostrando;
Con propósito firme
De volar mi goleta
Primero que rendirme...
Poco tiempo despues con ronco acento
Resonaba en el viento*

*Mi inflamada y tonante artillería.
Un bergantín tan solo me batía
Cruendo á barlovento,
Y aunque dándome caza á sotavento
También una fragata se veía.
Mi bandera orgullosa tremolaba
Y el combate sangriento continuaba.
Desmantelado al fin, abandonóme
Mi valiente contrario; mas constante
Sobre mis aguas la fragata altiva,
Virando y revirando por abante
Se acercaba furiosa y vengativa.
Rompí el fuego otra vez, mas tan certero,
Que á los pocos minutos no quedaba
A la corbeta un solo mastelero;
Y en alas de la suerte que halagaba
Mi porvenir con hecho tan brillante
Me uní en aquella noche al almirante.
Sois, me dijo, un valiente: la Inglaterra
Premiará vuestro arrojo y osadía.
Solo siento ¡á fé mia!
Que no hubiese llegado
En tiempo, mi patrón á vuestro lado
¡El infeliz! Mi afán le dió la muerte:
Muerte terrible y cruda.
¡Un tiburón se lo comió sin duda!
Cumplióme el almirante su palabra;
Y apenas de la escuadra
Los despachos al Támesis llegaron,
Los lores satisfechos
Capitán de fragata me nombraron.*

IV.

Aquí dió fin á su cuento
El buen Wolf, cuyo semblante
De una exaltación sombría
Presentaba las señales.
Subieron luego los otros
Convidados, y al instante
Nos dirigimos á tierra
Cuyo rumor y fugaces
Peripecias, poco á poco
Hicieron que me olvidase
Del inglés y sus amores
Y de su maldito lance,
Sin embargo, quise verle
Por la noche, pero en valde
Pues no estaba entre los suyos;
Y no consiguiendo hallarle
Torcí el paso y dirigíme
Por la primer boca calle
A casa de mi Loreta,
Jóven esbelta y amable;
Mas espiritual que bella,
Mas que bella interesante.

V.

MI AMIGO WOLF.

*Apenas del nuevo día
La tornasolada aurora
Se levantaba radiante
Tiñendo en púrpura y rosa
El conjunto pintoresco
De Senglea y la Burmola,
Porto-Grande y la Floriana,
La Valetta y Città Nuova,
Llegó un billete á mis manos
De mi amigo el de la historia,
Punto mas ó punto menos
Con tal contenido y nota:
— « Como sois tan indulgente,
» Sé que dentro de una hora
» Estareis en el baluarte
» Que el Gran Palacio contorna:
» Tengo que hablaros, y espero
» No falteis, pues que me importa,
» Firmado. — Wol. — » Adelante,
Dije para mí; no es cosa
De que el buen inglés espere
Cuando tan cortés me exhorta.
Vestime, sali y halléle
Con su frente melancólica,
Su simpática mirada
Y su voz dulce y sonora.*

Acercóse á mi, y tomando
De una manera afectuosa
Mi mano, cordial me dijo:
Perdomadme si una historia
Bien importuna por cierto
Os conté ayer... — Bah! dorosa
Ocurrencia! interrumpiéndole
Le respondí, ni una jota
Recuerdo ya del tal lance,
Y á propósito, me sobran
Motivos para inclinarme
A sospechar que la broma
Que me disteis fué engendrada
Por el Jerez.... — No; la cosa
Pasó del modo que os dije;
Y como no haya persona
En el mundo que la sepa
Sino vos, es ya forzosa
Necesidad que el secreto
Me devolvais... — Es diabólica
Vuestra idea, amigo mio!
¿Lo decís de veras? — Cosa
Decidida es ya; os lo dije
Ayer. — Por Dios y las bodas
De Canaam! ... ¿Con que al cabo
Hemos de volver las tornas
Y acabar á cuchilladas
Nuestra amistad? — Es mi honra
La que lo exige. — Corriente;
¿Nuestras armas? — La pistola. —
¿Condiciones? — Cinco pasos
Y una cargada. — La broma
Será así completa: acepto;
¿Cuándo? — Dentro de una hora,
Entre las ruinas del puerto

*Si así os place. — Por las rocas
Vaya y las ruinas, y el diablo
Que me lleve, si mas tonta
Sandez cometimos nunca
Que lo que hacemos ahora. —
— ¡Perdonadme, amigo mio!
— ¿Será por eso mas corta
La amistad que os debo? — ¡Diantre!
¡De ningun modo! — Me honra
Vuestra nobleza. Es inútil
Que lleveis vuestras pistolas
Si en mí confiais; las mias...
¡Desde luego! — Sois la norma
De un apuesto caballero.
— Gracias mil por la lisonja.*

VI.

DUELO.

*— Sois un necio quimerista
Lo repito, si señor;
No hay paciencia, no hay temor
Que vuestro genio resista.
— ¡Pero si me reta audaz!
¿Quereis que escuche impasible?...
— ¿Mister Wolf?... ¡es imposible!
Si ese hombre es la misma paz.*

Todos dicen que en cordura
No hay otro, ni en mansedumbre.
¡Vamos! como de costumbre
Habreis hecho una locura.

—Pero ¡por vida de San!..

¡Si os juro que me buscó!

— Como el otro que murió
Por vuestra mano en Ceylan.

Y luego quereis decir
Que os insultan . . . ¡Sois fatal!

¡Qué lástima!... un oficial!

Tan jóven, de porvenir...

— ¡Ira de Dios, caballero!..

— Eso es, venid á buscarme
Tambien camorra, y probarme
Que no os da por pendenciero.

En tal debate conmigo
Estaba el segundo luego.
De mi buque, que á mi ruego
Me iba á servir de testigo.

Calléme, pues, como un muerto,
Despaché varios asuntos,
Y luego nos fuimos juntos
Hácia las ruinas del Puerto.

Cuando llegamos hallé
A Wolf con un oficial
Ingles; tendiome leal
Su mano que yo estreché.

Y ¡cosa estraña á se mia!
Cuando el jóven me miraba
Sin saberlo me inspiraba
Una ardiente simpatia.

Sin ódio, sin voluntad
Ibamos, pues, con certeza

A rompernos la cabeza
Solo por su terquedad.

Despues de una suspension
Nos preguntó mi segundo:

—¿No hay otro medio en el mundo
De arreglar vuestra cuestion?

—No, dijo Wolf.—¿Ignorais
Que en vuestro loco arretrato
Un horrible asesinato
Es lo que premeditais?

Lo sabemos — Así, pues:
No hay que añadir cosa alguna?

—No, caballero, ninguna,
Volvió á decir el ingles.

Y dirigiéndose á mí
Siempre con su voz melosa
Me dijo — Tengo una cosa
Que suplicaros: aquí

Teneis mis armas; y espero
Tal confianza merecer
Que me dejeis escojer. =

= Como gusteis, caballero. =

Mi mano entonces tomó;
La estrechó afectuosamente,
Y colocándose en frente
Su pistola amartilló.—

Nunca he podido olvidar
Su faz llena de dulzura
Y la tinta de ternura
Que vi en sus ojos brillar.

Mi corazon alterado
Violentamente latia
Y ante aquel hombre sentia
Mi valor anonadado.

Mas los momentos pasaban;

*Me apuntó, yo le apunté,
Y... ¡jamás lo olvidaré!
Nuestras armas se tocaban!
Dios los perdone! dijeron
Los testigos, la sonante
Palma batiendo; al instante
Nuestros dos tiros partieron.—
Pasado el primer momento
De ofuscacion, vi tendido
Al inglés de muerte herido.
Que daba el último aliento.—
—Yo le perdono! decia,
Yo fui el agresor... la suerte
Me da en justicia la muerte
Que mi culpa merecia!
Y acercándose despues
Casi exánime á mi oido:
—«Perdonadme si he querido
Que me mataseis..... oh Inés!
Solo entónces comprender
Pude por que el desdichado
Sus armas habia llevado
Solicitado escojer.*

A NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

(PLEGARIA.)

A D. LEANDRO SARALEGUI Y MEDINA,

OFICIAL TERCERO DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DE LA ARMADA.

Ave, maris Stella.

*Oh Virgen sacrosanta
Tesoro de dulzura,
Inmaculada y pura
Antorcha de la mar:
Permite que los ojos
Eleven contristados
Tus hijos bien amados
A tu esplendente faz.
Estrella matutina,
Resplandeciente faro
Que milagroso amparo
Al que te invoca das;
Escucha la piadosa
Tristísima plegaria
Que mi alma solitaria*

Te envia desde el mar.

*Yo te suplico, ¡oh Virgen!
Que desde el régio asiento
Del alto firmamento
Donde gloriosa estás,
Mi triste canto escuches
Y á mi oracion respondas,
Y calmes esas ondas
Del tormentoso mar.*

*Si; cálmalas, Señora,
Cuando retumba el trueno
Y rápido y sin freno
Revienta el huracan;
Cuando las turbias olas
Hirvientes se levantan
Y al mismo cielo espantan
Queriéndolo escalar.*

*Protégenos, Señora,
Cuando al fatal rugido
Del mástil sacudido
Por recio vendaval,
El triste marinero
Que ya la muerte toca,
Desesperado invoca
Tu auxilio maternal.*

*Y roto el frágil leño,
La vela destrozada,
Juguete de la airada
Efervescente mar.
Luchando con las olas
En amargura tanta
La vista á ti levanta
Con indecible afan.*

*Tus compasivos ojos
Inclina, Virgen pura,*

Cuando en la noche oscura
Sin norte y rumbo ya,
No ve el bajel perdido
Fanal sobre la orilla
Donde su frágil quilla
Se va á despedazar.

No olvides, no, Señora,
Que á tí tus hijos claman
Y unánimes te llaman
Su madre celestial;
Y que sus brazos tienden,
Y que tu imágen miran
Y que por tí suspiran
En medio de la mar.

Que tú eres el divino
Destello resfulgente
Que vienes dulcemente
La noche á iluminar;
Fanal immaculado,
Del náufragó esperanza,
Y el iris de bonanza
Que brilla sobre el mar.

Tú, Virgen de pureza,
Estrella de los mares,
Magníficos cantares
Do quiera oyes sonar;
Y cuando luminosa
Tu faz pura se ostenta
Humilde la tormenta
Desparciendo va.

Postrados á tus plantas
Los ángeles te adoran
Y al adorarte imploran
Tu amparo con afán;
El cielo te corona

*Con magestad suprema,
La luna es tu diadema
Los mares son tu altar.
Sobre ellos respetuoso
Al invocar tu ayuda
El náufrago saluda
Tu nombre tutelar;
Y la guerrera nave
Que cruza voladora
El mar, tambien, Señora,
Descansa en tu piedad.*

LOS CONTRABANDISTAS.

ESCENAS NOCTURNAS.

AL SR. D. CARLOS CHACON Y MICHELENA,

CAPITAN DE NAVIO DE LA ARMADA.

I.

*Sobre las costas amenas
Tendidas en lontananza
Frente al puerto de Bonanza
Que baña el Guadalquivir;
Costas fértiles que entoldan
Los árboles que las ciñen,
Mientras los cielos las tiñen
Siempre en púrpura y zafir,
Cruzaba en mil ochocientos
Cuarenta y seis, un falucho
Guardacostas, perro ducho
En estratagias de mar;
De tal modo, que en el punto
Donde estuviese cruzando*

No cuajaba contrabando
Salido de Gibraltar,
Su patron, hombre templado
Macareno y jaranista
Fué un tiempo contrabandista
De los de cuenta y razon;
Pero viendo que el oficio
Gracias á nuestros vapores,
Cada vez iba á peores,
Se pasó á la oposicion.
Sus antiguos corifeos
Con razon le criticaron
Y su pérdida juraron
Tal decepcion al saber;
Mas él impasible y rudo
De tal suerte los cazaba,
Que casi siempre lograba
Sus cargamentos coger.
Por tabernas y cortijos
Tendidos sus emisarios
Siempre de sus adversarios
Lograba saber el plan;
Y feliz en sus empresas,
De sus jefes aplaudido,
No habia patron mas erguido
Ni de mas fiero ademan.
Si otro patron le encontraba
Y á hablarle se dirigia,
¡Huf!... apenas sonreia
Con muestras de proteccion;
Pareciendo á todo el mundo
Decir con aire imponente:
«¡Mando el salucho Valiente
De la primer division!»
Y aconteció que una noche,

Allá por el mes de enero,
Tenia nuestro hombre el crucero
Donde el Betis se une al mar;
Y sin noticias ni voces
De alijo ni empresa alguna,
Pasaba el tiempo la luna
Cándidamente en mirar.

Hasta que de tan holgada
Ocupacion aburrido
Quedóse el hombre dormido.
Dichoso como un Emir.
Mas he aquí que al poco el sueño
Le turbó una algarabía...
Pero no todo en un dia,
Lector, se ha de referir.

II.

Pues señor, volviendo al cuento
Que dejamos en mantillas
Cual proyectado mejora
En alta region nacida
Que antes de hallarse madura
La mata y esteriliza
Ya el viento de las pasiones,
Ya el torrente de la envidia;
Es el caso que el buen hombre
Despertó á la vocería
De su gente que miraba
Adelantarse tranquila
Una vela entre la niebla
Que el horizonte cubria.

(09) Frotóse el patron los ojos,
Fijó la turbada vista
En el velo de vapores
Que el viento arrastrado habia,
Y examinando un momento
El barco que moviliza
Su tripulacion: — «Señores,
Dijo, apuesto una cañita
De la rubia á que conozco
El corte de esa latina. — (19)
¿Estais seguro? repuso
Como quien nada confirma
El sota-patron — Pues toma.
¿No he de estarlo? Juraria
Que es el otro guarda-costas
De Huelva: sí, sí, la misma
Mesana larga y faldona,
La misma mayor; la lista
Blanca en el casco... no hay duda.
¡A ver! dadme la bocina.»
Diéronsela, y con un chorro
De voz enhiesta y maciza
Gritó. — ¡Ah del falucho! — Oyóse
Una voz que respondia
¿Qué dirá? — ¿Qué buque es ese?
— El Marcial, escampavía
Del resguardo; ¿y ese buque? —
El Valiente, de la misma
Division, repuso el hombre
Con orgullosa sonrisa.
— ¿Lo veis? Si tengo una práctica
En las cosas de marina,
Que solo al verle los topes
Conozco yo al que me avista. —
Mandó el patron mientras tanto

Cargar la mayor arriba (20),
Y con el foque y mesana
Esperó por la visita
De su amistoso cofrade,
Que en viendo la ancha latina,
Amolladas las escotas (21)
Y empujado por la brisa,
Gobernaba en derechura
Ligero como una anguila
Al portalon (22) del Valiente,
Quien viéndoselo ya encima
Quiso arribar, pero en vano,
Pues antes con repentina
Velocidad, cual torrentes
Desprendidos de las cimas
De las montañas, cayeron
Por bordas, jarcias y drizas,
Puñal en mano los unos,
Los otros con carabinas,
Sobre el pobre guarda-costas
Cincuenta contrabandistas.
Abrió el patron unos ojos
De á cuarta, miró hácia arriba,
A su derecha, á su izquierda,
Y apenas si comprendia
Solo un punto de la escena,
Cuando sintió en las costillas
El contacto de un garrote
Y una voz que le decia:
— «Buen amigo, á la bodega
Váyase á aclarar la vista
Mientras nosotros echamos
En tierra la pacotilla;
Y silencio, y estar quedo
Si no quiere que una driza

Le pasemos al cogote:

Que mañana es otro día. —

Al tal exhorto, apoyado

Con una elocuente virga,

Toda réplica era inútil,

Toda observacion prolija,

De modo que cabizbajo

Y llorando su desdicha

Puése el hombre á la bodega.

Donde su gente cautiva

No daba ni un triste ochavo

Por su miserable vida. —

En tanto los invasores

Clavaron las escotillas,

Acercáronse á la costa,

Dieron fondo, y convenidas

Las señales empezaron

Su descarga entre las risas

Y las bromas truhanescas

De toda la compañía.

III.

Oh Fortuna! instable diosa

Fiel trasunto de las hembras,

Siempre altiva, inexorable,

Siempre veleidosa y pèrfida!

Tus caricias son engaños,

Tus palabras son arteras,

Tus hechuras deleznables,

Tu inconstancia sempiterna.
Y sin embargo, los hombres
Van ansiosos tras tu rueda
Anhelantes, incansables,
Ojos fijos, boca abierta,
Los brazos á ti tendidos
Con nerviosa persistencia,
Por agarrar de tu manto
Las orlas que al viento ondean,
Mientras que tú arrebatada
Por el ancho mundo vuelas
En alas del torbellino
Con que tú misma te ciegas,
Y aquí encumbras un ministro,
Allí un general despeñas,
O un parlamento destruyes,
O un nuevo monarca elevas,
Siempre rápida, invisible,
Sorda, muda, torpe y necia!...
Fortuna infiel!... Mas dejando
Digresiones y sentencias,
Pues ni pretendo ser docto
Ni procuro que lo crean,
Vuelvo á los contrabandistas
Y al patron, de cuya adversa
Fortuna, en aquella noche
Se originó esta leyenda.

Despues que hubieron echado
Los agresores en tierra
Sendos fardos de Virginia
Y enormes bultos de tela,
Levaron anclas vogando
Con esforzada destreza
De Espartel sobre las aguas,
Y en las suyas muy de cerca

El cautivo guarda-costas
Marinado á fuer de presa
Por veinte contrabandistas
De faz torva y alma negra.
Siguieron así tres horas
Navegando á remo y vela,
Y cuando ya de la costa
Se divisaban apenas
Los vaporosos perfles
Entre las brumas espesas,
Pasàronse á su salucho
Los que guardaban la presa
Y cortando los remolques
Que á la popa le encadenan,
De Trafalgar y el Estrecho
Tomaron ellos la vuelta.

Nuestro patron aturdido
Por el ruido y la palerma
Que sufrieron sus costillas,
Subió al fin sobre cubierta
Mirando por todos lados
Si aun quedaba de la gresca
Alguna señal ó indicio
De que á repetirse fuera.
Tendió luego al horizonte
Aquella mirada esperta,
Causa de su desventura,
Y no encontrando la huella
De su enemigo, la proa
Torció á Cádiz, macilenta
La faz y el aire encogido
Como un negociante en quiebra.

Llegó, dió fondo, angustiado
Marchóse la triste nueva
A dar á su comandante:

Quien colérico al saberla
Mandó formar la sumaria
Averiguacion en regla,
Y mientras tanto en recaudo
Puso al héroe de la escena.—
Sucedió luego lo mismo
Que sucederá in æternam;
Y en muy cortísimo plazo
Se sustanció la polémica
Despachándose ad vaporem
Vistas, testigos y pruebas;
Y al cabo de la jornada
Vino el consejo de guerra
Que con arreglo al artículo
Qué sé yó cuantos, que reza
En tal capítulo y parte
De la ordenanza la pena
Correspondiente al delito,
Teniendo así mismo en cuenta
Las cuatro mil reales órdenes
Que el tal artículo enmienda
Y lo anulan y reponen
Y lo aclaran y comentan,
Pronunció por mayoría
Su inapelable sentencia
Condenando al susodicho
Patron, por poca cautela
Dolosa conducta y falta
De cuidado ó de advertencia,
A diez años de arsenales
Y prohibicion espresa
De mandar en lo futuro
Buque alguno de las rentas.
Todo es hasta aquí sencillo
Y así esperaba que fuera

Nuestro patron, que escuchando
Leer la fatal sentencia
Dijo con el dedo indice
Rascándose la cabeza.
—„¿Cómo diantre equivocarme
Pude yo en la noche aquella?—

FANTASIA DEDICADA A MI AMIGO EL ALFEBRE DE NAVIO

Por D. VICENTE MONTOLÓ.

¡Ois que sordo amago
De guerra y sangre al horizonte asoma
¿Será el murmullo vago
De una nueva Carlago
Que en frente mira otro potente Boma
¡Al azar!... — Ya de Inglaterra
Flota el ojo pendon sobre la papa

(1) Esta poesía fue escrita hace algunos años, y con motivo de la independencia de las Indias que figura en esta colección. La hemos intercalado en ella sin embargo, por el antiguo y prolongado cariño que nos une al joven oficial á quien está dedicada, hoy teniente de navio.

A. de W.

Quiero colar al abuelo
nuestro pater, que escuchando
ser la fatal sentencia
dijo con el dedo índice
descubriendo la cabeza.
— Como diestra camufladora
— ¿Qué yo en la noche apuñalar?

ROMA Y CARTAGO (1).

FANTASIA DEDICADA Á MI AMIGO EL ALFÉREZ DE NAVIO
D. VICENTE MONTOJO.

To day England every
man to do his duti,
(NELSON.—Trafalgar.)

L'Algle imperial vole de clocher
en clocher, jusque sur les tours
de notre-Dame.
(NAPOLEON.)

*¿Oís? ¿qué sordo amago
De guerra y sangre al horizonte asoma?
¿Será el murmullo vago
De una nueva Cartago
Que en frente mira otra potente Roma?
¡Tal vez!....— Ya de Inglaterra
Flota el rojo pendon sobre la popa*

(1) Esta poesia fué escrita hace algunos años, y con meses de anterioridad á las demás que figuran en esta coleccion. La hemos intercalado en ella, sin embargo, por el antiguo y profundo cariño que nos une al jóven oficial á quien está dedicada, hoy teniente de navio.

I. de N.

De mil naves de guerra,
Con que atrevida cierra
Las puertas de los mares á la Europa:
Y en su orgullo profundo
Dice, dándole al mar nuevos dinteles
Con poder sin segundo:
— «Bloqueado queda el mundo;
» Que vayan á ceñirlo mis bajeles.»
— «Peso al mar ondulado
» Brote de mis potentes arsenales,
» Y domine orgulloso
» Mi estandarte sangriento y poderoso
» Mares, golfos, estrechos y canales»
«Cual ronco torbellino
» Silven mis bronces resonando ¡guerra!
» ¡Vencer es mi destino!
» ¡Trafalgar, San Vicente, Navarino,
» Nuevos héroes darán á la Inglaterra!»
«Mis máquinas gigantes,
» Fortalezas cuajadas de cañones,
» Volarán humeantes
» A imponer arrogantes
» Mi soberana ley á las naciones.»
«¡Que vuelen... y do quiera
» Que el Leopardo de Albion se muestre ufano,
» Humille su bandera
» Cualquier nave extranjera
» Ante el soberbio rey del Oceano.»
Tal dice, y al intento
Sus bosques lanza al mar en anchas quillas
Que á despecho del viento
Rompen humeando el liquido elemento
Y pueblan remotísimas orillas,
¡Albion! ¡Albion!... ¿qué esperas?...
¡No te pierda tal vez tanta arrogancia!

¡Ay de tí si altaneras
Se desprenden á hendir raudas esferas
Las imperiales águilas de Francia!

¡Ay! ¡si ese rumor vago
Proporciones jigantes al fin toma!

¡Ay! ¡si el destino aciago
Desprende sobre tí, rica Carlago,
Los espesos ejércitos de Roma!

¡Guay! ¡que llame rabiosa
A tus puertas el águila del Sena,
Y rasgue victoriosa

La página afrentosa
Que has escrito con sangre en Santa Elena!

Guay si su brazo alcanza
A tu triple corona y á tus lores,
Que llegará sedienta de venganza

En el ristre la lanza
A dársela cumplida á sus mayores.

Há tiempo las naciones
Ejércitos sin cuento reunieron,
Y al retronar de cien y cien cañones
Lanzaron en tropelos sus bridones
¡Paris! gritando, y á Paris corrieron.

Hoy una voz rodando
Va sordamente por el alta sierra
Del Alpe murmurando—¡guerra! ¡guerra!

Y el eco retronando
En las aguas del Rhin dice ¡Inglaterra!

Y el jigante se eleva, y en su frente
Luce bien de su raza la arrogancia:

Metéoro luciente

Vence do quier y esclama omnipotente;

—“¡NACIONES APARTAD; PASO Á LA FRANCIA!

„La fortuna es mi diosa;

„Paso, Inglaterra, al águila del Sena

„Que viene victoriosa
„A destrozar la página afrentosa
„Que has escrito con sangre en Santa Elena..”

UNA MUJER COMO HAY MUCHAS.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA PAVIA.

BRIGADIER DE LA ARMADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE ES EL PRINCIPIO DE ESTA DULCISIMA E IMAGINADA HISTORIA.

En las tierras remotas,
Cuando las cosas suceden
De Algeiras y Valencia
Hil guetas musulmanas
Aquel, como una columna
De torres y picos.
Nuevos puentes cada día
Sobre las ondas lanzada
A riberas de oro y carlino.
Dedicadas de sangre humana.
En aquel tiempo dicho
De que Cervantes nos habla
En su inmortal historia.

— 78 —

UNA MUGER COMO HAY MUCHAS.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA PAVIA,
BRIGADIER DE LA ARMADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE ES EL PRINCIPIO DE ESTA DULCÍSIMA É IMAGINADA HISTORIA.

*Eranse tiempos remotos,
Cuando las costas surcaban
De Algeciras y Valencia
Mil galeras musulmanas.
Argel, como una colmena
De corsarios y piratas.
Nuevos buques cada día
Sobre las ondas lanzaba
Avidos de oro y cautivos,
Sedientes de sangre humana.
En aquel tiempo dichoso
De que Cervantes nos habla
En su inimitable historia.*

Que vivirá mientras haya
Quien las letras anteponga
Al estruendo de las armas;
En aquel tiempo decimos
No le habia ocurrido á Francia
Que Argel fuese una colonia,
Ni que Beaumont lo tomara,
Ni que Mirabeau viniese
Al mundo, ni que la blanca
Bandera de Clodoveo
En tricolor se trocara,
No habia entonces en los puertos
Esas tremendas escuadras,
Esos flotantes castillos
Parto de la soberana
Inteligencia del hombre
Que cuanto pretende alcanza:
Ni el vapor, ni el magnetismo
En el mundo figuraban,
Ni telégrafos, ni tunel,
Ni convenios de Vergara,
Ni próceres, ni Estatutos.
Ni elecciones, ni jaranas,
Ni Radetskys, ni Mazzinis,
Ni Koksuts, ni calabazas.
Entonces habia conventos
Que por cierto, no soñaban
Que viesese Juan-sin-puertas
A dejarlos sin-campanas,
Habia reyes con corona
Solo porque Dios la daba,
Nobles con sus privilegios,
Pueblos con sus alcabalas,
Curas, diezmos y primicias,
Generales cuyas fajas

*Luengos años de servicio
Al menos representaban,
Inquisicion, y censura
Que á lo impreso no atentaba,
Sabios que en el firmamento
A nuestro globo enclavaban
Dejando al Sol que corriese
Por el espacio á sus anchas,
Y en fin galeras de guerra
Que á las moriscas cazaban
Aunque no siempre en la lucha
La mejor parte llevaran.*

*Doña Luz, linda doncella
Hija de Pero Grijalba,
Hidalgo hasta las narices,
Que las galeras mandaba
Del rey, cruzando con ellas
Sobre las costas de Malta,
Se embarcó un dia en el puerto
De Barcelona, escoltada
Por su venerable dueña
Doña Aldonza de Peraza.
Su padre que la queria
Como al idolo de su alma,
Que se trasladase al punto
A su lado le mandaba;
Y ella jóven, inocente,*

*Sin otro amor ni esperanza
Que el anciano cariñoso
Y la dueña almibarada,
Aprovechó la oportuna
Proporcion de una gabarra
Genovesa que á Melita
Desde allí se encaminaba.*

*Listo el buque, las entenas
Hasta los topes izadas
Y con un viento fresquito
De Poniente, una mañana
Linda del revuelto Otoño
Levó el genovés sus anclas,
Y al compás de la Zaloma
De su gente entusiasmada,
Cazó mayor y trinquete
Amolló en cruz la mesana,
Izó el foque, y mas ligero
Que el pez que hiende las aguas
Dejó por su popa el puerto
Y las costas castellanas.
Navegó al Este aquel dia,
Pues desatracarse ansiaba
De la vecindad terrible
De los moriscos piratas;
Y de tal manera el viento
Favorable refrescaba
Que un viaje próspero y corto
Todos abordo auguraban.
¡Pero infeliz del que fia
En el viento y en las aguas!
¡Infeliz del que á las hembras
Entrega la paz del alma,
Y á las olas su barquilla,
Y á las nuebes su esperanza!*



Tibio el sol en Occidente
Su roja luz ocultaba,
Y ya por el horizonte
En espesísimas bandas
Grupos de nubes sombrosas
Sus cabezas asomaban
Cual precursores siniestros
De una noche de borrasca.

La luna con tintas lividas
En el Oriente brillaban
De anchos círculos concéntricos
Y cárdenos rodeada;
Mientras que un zumbido unísono
Sordo y lejano, en las aguas
Como un lúgubre lamento
Imperceptible rodaba.

— «¡Mala noche!» dijo al verlo
El capitán; la mesana
Aferremos; no me gusta
La noche que se prepara.
Y mientras tanto que arriba
Crujían vergas y rondanas,
La vieja y la niña abajo
Sus oraciones rezaban.

CAPITULO II.

Frema l'onda, il ciel a imbruma,
Cresce il vento e marea l'arte...
(METASTASJO.)

De Caribdis en Scila.

*Cayó la noche envuelta en nubarrones
Que el iracundo bóreas impelia,
Silbando entre las jarcias y motones
Como un canto de muerte ó de agonía.
El undivago mar anchos turbiones
De blanca espuma enderredor tendia,
El rugido mezclando de su seno
Al estampido cóncavo del trueno.*

*Las nubes con furor arrebatadas
Como aligera tromba en las vertientes
Rueda veloz, cruzaban apiñadas
En lluvia deshaciéndose à torrentes,
Aquí cruje una entera, allí encrespadas
Elevándose altivas y rugientes
En arco aterrador, tremendas olas
Arrancan las sencillas batayolas.*

*Con tumultuoso afan los marineros
El destrozado foque aseguraban,
Mientras otras los altos masteleros*

A la cubierta impávidos calaban.
Este una driza y otros mas ligeros
Jarcias, amuras y brandal picaban,
Colgados con insólito heroismo
Sobre las negras bocas del abismo.

De pronto con horrisono estampido
Dos olas en la popa reventaron
Abriendo ancho boquete en el dormido
Bajel cuyas estopas aventaron;
Rota la vela y el timon perdido
Los hombres á los palos se lanzaron,
Picando con furor y rabia insana
Al trinquete, mayor y de mesana.

Del alto peso el buque aligerado
Su cuerpo levantó con ansia suma
Sacando el infeliz abierto lado
Teñido en blanca y fervorosa espuma.
Mas un nuevo peligro al destrozado
Buque amenaza y sin piedad le abrumba,
Pues un agua incesante en la bodega
Se descubre copiosa que lo anega.

Las bombas rudamente sacudidas
A contener su impulso no bastaban,
Y las fuerzas un punto enardecidas
Del equipaje triste desmayaban.
Las esperanzas viendo ya perdidas
Los unos á los otros se miraban
Con esa vista fosca, turbia, inerte
Que empaña la presencia de la muerte.

Por fin á la chalupa se arrojaron
Con decidido arranque y alto aliento;
Algunas provisiones se embarcaron;
Dos botellas de rom, y á sotavento
Con débil esperanza se lanzaron
A merced de las olas y del viento

Que con furor silbaba en el costado
Del miserable buque abandonado.

Y á fé! se me olvidaba hacer reseña
De que á la barca fueron juntamente
La linda doña Luz, y á mas su dueña
Que lloraba sin tregua amargamente.
Triste la joven y á la par risueña
Reflejaba en su rostro dulcemente
De su sexo la mágica hermosura
Con tintas esmaltadas de bravura.

Apenas en el débil barquichuelo
Se hubo la gente aquella embanastado,
Tendrieron la mirada con anhelo
Sobre el triste bajel abandonado.
Entre espumantes ondas hácia el cielo
Lo vieron un momento levantado,
Giró luego veloz sobre si mismo
Y se perdió en los senos del abismo.

Un grito universal lanzó aterrada
La gente que vogaba en la barquilla
Sin cesar por las olas inundada
De un mar enfurecido y sin orilla;
Lució al cabo la aurora deseada
Su frente nebulosa y amarilla,

Mostrando el espectáculo imponente
De un cielo sin ocaso y sin oriente.

Las horas tras las horas sucedieron
(Que son bien largas en momentos tales)
Y al fin los vientos de calmarse dieron
Venturosas y plácidas señales.

Los roncós marineros acudieron
A improvisar un mástil y brandales,
Armando, aunque barridos por las olas,
Con mantas y camisas dos bandolas,
Llegó la noche y el terror con ella,

Pero el viento por grados amainaba,
Y allá en el cielo fulgurante estrella
El fin de la tormenta presagiaba.
Al despuntar el sol, radiante y bella
La cúpula celeste se mostraba
Y el mar en calma, su furor perdido
Reposaba doliente y abatido.

Pero al par que en aquellos eorazones
Nueva luz y esperanza renacian,
Menguaban las mojadas provisiones
Y aproximarse el hambre presentian.
Solo quedaban ya cuatro raciones
De humedo pan, y nada descubrian
En el claro horizonte que señales
Diese de tierra y término á sus males.

Pasó la noche y la siguiente; el cielo
En transparentes gazas estendido;
Ni un hálito en la brisa; el barquichuelo
Sobre las ondas nítidas mecido.
Secas las fauces en doliente anhelo,
Pálido el cutis por el sol hendido,
Los náufragos un punto se miraron
Y palabras siniestras murmuraron.

—“Es preciso echar suertes,”— con terrible
Espresion dijo al cabo el mas hambriento,
Y en el corro cundió la frase horrible
Como un eco satánico y sangriento.
La pobre doña Luz casi insensible,
Estenuada por falta de alimento
La voz oyó también, y horrorizada
Los ojos se tapó por no ver nada.”—

La vieja doña Aldonza estremecida
En el fondo del barco tiritando,
Ya la conciencia del dolor perdida
Estaba entre congojas acabando;

Mientras la gente su feraz partida
De sangre humana sigue preparando
Después de haber comido hasta los cueros
De la falca (23); zapatos y sombreros.

Sobre un anciano al fin cayó la suerte
Que más bien que abatirle le consuela,
Pidiendo el mismo que le den la muerte
Con voz altiva que el valor revela;
Y ya se iba á cumplir el trance fuerte
Cuando uno de ellos exclamando ¡vela!
¡Vela!... hácia el horizonte señalaba
Deshecho en llanto que su faz bañaba.

Sobre los bancos respirando apenas
Saltando de los ojos la pupila
Los náufragos miraron las serenas
Tendidas olas de la mar tranquila.
Las altas lonas por el viento llenas
Vieron de un buque salvador que oscila
Como un pájaro audaz en lontananza,
Y hácia la barca al parecer avanza.

Los párpados en lágrimas bañados
Los brazos unos hácia Dios tendieron;
Otros un remo, y á su punta atados
Girones de camisas, suspendieron;
Los más débiles, tristes y estenuados
Los exánimes ojos entreabrieron
Y en el lejano buque los clavaron
Y nuevamente de placer lloraron.

La brisa por instantes refrescaba,
Y después de dos horas de agonía
Tan próxima la nave se encontraba
Que hasta la gente en ella se veía.
Mas oh destino aciago! ya mostraba
La galera su abierta portería
Flotante en las entenas la moruna

Bandera del turbante y media luna.
Era aqueste un pirata muy decente
(Que lo cortés no quita lo valiente,
Y hay piratas que son hombres de estado.)
Jóven, altivo, rico y elocuente
Y al sexo femenino aficionado
Cruzaba por el mar á sus anchuras
En busca de combates y aventuras.
Cansado de su harem y sus mujeres
De sus ricos palacios y diamantes,
Soñaba el argelino otros placeres
Y otros goces mas puros é incesantes.
Su voluntad trazaba sus deberes,
Eran sus voces leyes terminantes,
Pero á pesar de circunstancias tales
Pasaba nuestro moro horas fatales.
Y aqui corto mi canto, que no quiero
Que importuno me llamen y pesado,
Continuando este metro majadero
Que es un metro además endemoniado.
Mis versos octosílabos prefiero
Con el dulce romance asonantado,
Y pidiendo perdon á los Ercillas
Me vuelvo á mis quartetas y quintillas.
Pero por Dios! antes de dar remate
A las cuantas octavas que he zurcido
He de decir que el moro hecho un orate
Al ver á doña Luz en el perdido
Barquichuelo, el solemne disparate
Hizo de enamorarse, y decidido
En su cámara misma la aposenta
Y la vela, y la cuida y la alimenta.
Contó los prisioneros y á su gente
Los regaló con mano generosa
Navegando en seguida velozmente

*En alas de la brisa vagarosa
A la costa africana.—Suficiente
Es ya lo dicho...no, falta una cosa,
Y es que encontrado a doña Aldonza yerta
La llamaron en vano...estaba muerta.*

... Todo lo vence el amor; hasta a los piratas...

Depon el furor, cristiana,
Y mírame sin enojos
Con esa faz soberana;
Que estoy muriendo, sultana,
Porque me miras tus ojos.
Tú no sabes, ¡oh inocentemente!
Con que intensidad pasión
Te adora mi pecho ardiente:
Tú no sabes lo que siento
Al verte mi corazón!
¿Que delito he cometido
Que te pudiera ofender?
Yo estoy a tus pies rendido
Y a obedecer decidido
Tus caprichos de mujer?
¿Ay! no sabes cual me sueño
Turban en la noche umbría
Y antojos que tu desdén
Me brinda en letal peligro,

CAPITULO III.

Je suis malheureux qui vous aime d'amour!
(V. HUGO.)

Todo lo vence el amor; hasta á los piratas.....

*Depon el furor, cristiana,
Y mirame sin enojos
Con esa faz soberana;
Que estoy muriendo, sultana,
Porque me miren tus ojos.
Tú no sabes, ¡oh inclemente!
Con que insensata pasión
Te adora mi pecho ardiente:
¡Tú no sabes lo que siente
Al verte mi corazón!
¿Qué delito he cometido
Que te pudiera ofender?
¿No estoy á tus pies rendido
Y á obedecer decidido
Tus caprichos de mujer?
¡Ay! no sabes cual mi sueño
Turban en la noche umbría
Fantasmas que tu desdén
Me brinda en letal befeño,*

¡ Verdugos de mi alegría!
Mis palacios, mis verjeles
Fastidio me dan y enojos;
Y diera yo mis corceles,
Mis tesoros, mis bajeles,
Por un rayo de tus ojos.

Ya mi harem no me fascina
Aunque en él la Circaciana
Desate su voz de Ondina;
Que es mas dulce y peregrina
La tuya, fiera sultana.

¿Por qué desde que te ví
Mi corazon te adoró?
¿Por qué al mirarte, hácia tí
Voló mi esperanza, di
Quedando sin ella yó?...

Dicen que causa en tu tierra
Cruel espanto mi pendon;
Pero mucho mas me aterra,
Cristiana, la cruda guerra
Que haces á mi corazon.

¡ Dichoso aquel que suspira
Delirando junto á tí!

¡ Dichoso aquel que te mira
Y en tu blando aliento aspira
El aliento de una hurí!

De tus ojos en la esfera
Luce el misterioso tul
De un cielo de primavera;
¡ Quien, ay, por ellos no diera
Las riquezas de Stambul!...

¿Por qué no amarme, sultana?
¿Qué puedes tú desear?
¿Oro? ¿Diamantes? Mañana
Iremos en carabana

Mis tesoros á buscar.

*Yo tengo joyas y fieras
Y arabescos miradores;
Tengo bosques de palmeras
Que se columpian ligeras
Entre millares de flores.*

*Tengo ricos alquiceles
Y moriscos tafetanes;
Y lucen en mis verjeles
Cincelados botareles
Entre mirtos y arrayanes.*

*Todo es tuyo, nazarena,
La del mirar de paloma,
Bella y cándida azucena
Que abre su caliz serena
Sobre la alfombrada loma.*

*¿Lloras? Recuerdo incesante,
Viéndote en remota orilla
Quizas te agita punzante
De algun venturoso amante
Que te aguardará en Castilla.*

*No me lo digas, sultana,
Si es así, por compasion,
¡No envenenes, inhumana.
La fuente de amor que mana
Para tí en mi corazon!*

*Mas si despiadada y fiera
Matarme quieres con saña,
Mándalo, que mi galera
Te conducirá altanera
Hasta los puertos de España.*

Tal en morisco aposento
De su palacio, el pirata
Sus tritísimas querellas
A doña Luz espresaba.
Escuchábale la jóven
Por el rubor sonrosada,
Entre amable y altanera
Entre indulgente y tirana,
Sin rendirse à sus caricias
Sin quitarle la esperanza,
Que en todos tiempos ha sido
La mujer mas diplomática
Que el Czar y que Nesselrode,
Lord Palmerston y comparsa
Por manera que él rendido
Y ella altiva, se pasaban
Del mismo modo las horas
Los dias y las semanas
Sin que el moro se escediese
Ni Doña Luz se ablandára.
Cosa singular, sin duda,
Mucho mas en un pirata,
Y argelino por apéndice,
Cuando en nuestro siglo se hallan
Tantos corsarios que cruzan
Sin pabellon ni oriflama,
Y allí abordan, donde encuentran
El honor de cualquier dama.
Sin preguntar procedencia
Ni encomendarse à la aduana.
Viendo por fin nuestro moro,
Que llamaremos BEN-ZAYA,
Estrellarse sus caricias,
Sus riquezas y sus galas
En la roca indestructible

De aquella virtud sin tacha,
Tomó el partido... lectores,
Apuesto cuarenta octavas
De pie forzado, y un dístico
Laudatorio, que es la plaga
Mas grande para un poeta.
A que os andais por las ramas
Sin encontrar el partido
De que ahora mismo os hablaba.
Tambien apuesto un soneto
Acróstico, á que pensabais
Que el hijo de los desiertos
Cansado de almibaradas
Repulsas, adoptó el medio
Como las tropas cosacas
De pasar el Pruth y habérselas
En descomunal batalla
Cuerpo á cuerpo con la jóven;
¡Y por Dios! que en esto andara
Mas cuerdo, asaz y discreto.
Que al fin y postre no es mala
Posicion la del que vive
Sobre el pais que le agravia,
Pero no Señor; el moro
Con la mente trastornada
El corazon hecho almibar,
Perdido, en una palabra,
De amores y en consecuencia
Apasionado hasta el alma,
Armó dos fuertes galeras
Se embarcó con la cristiana
Motivo de su desdicha,
Y hácia las costas de Malta
Torció el rumbo, punto adonde
Dijo ella que la llevaran.

Própero el viento y tendido
Rápidamente avanzaban
Las galeras, sin que el moro
Dirigiese una palabra
A la dichosa cautiva
Que tan cruel le abandonaba;
Y tras de muy pocos dias
Al romper una mañana
La aurora en el horizonte
De arrebol tornasolada,
Lucieron á la derecha
Las azuladas montañas
De Melita, y á la izquierda
Teñidas de ópalo y nácar
Las cumbres del Mongibelo
Como transparentes gazas.

Ganó el corsario la costa
Velozmente con audacia,
Y desembarcando en ella
A doña Luz; «¡oh, cristiana!
»Le dijo, ¡adios para siempre!
»Sé feliz en esa España
»Que no volveré á ver nunca,
»¡Nunca! ¡pues tu amor me mata!»
Y dejando á la doncella
Ganó su galera usana
¡Que por Dios! era ya tiempo
Pues en la costa la alarma
Cundió al ver los berberiscos
Y ya se armaba la zambra.

Doña Luz los ojos fijos
En la galera miraba
Perderse sus blancas lonas
Entre las cintas de plata
Con que pintaba la espuma

*Del mar la tendida espalda
Y al verlas en Occidente
Desparecer, dos amargas
Lágrimas por sus mejillas
Como dos perlas rodaban.*

CAPITULO IV.

Quando quise no quisiste,
ahora que queres no quiero. etc.

Peripecia femenina.

*Loco de amor y contento
Bendiciendo la divina
Providencia en el hallazgo
De su doña Luz querida,
El noble Pero Grijalba
En una aldea vivia
Sobre las costas de Malta
Y á los pies del mar tendida.
Nada faltaba al buen hombre
Para ser feliz, y envidia
Pudo dar al mar dichoso
Que contemplara su dicha,
Mas como haberla completa
Es una cosa no vista
Desde que Adan y consorte
Cometieron la maldita
Torpeza de la mazana
Que no cuento por sabida,
El noble Pero notaba*

Con dolor, que de su hija
El rostro se marchitaba
Por momentos, y amarillas
Y pàlidas se tornaban
Las rosas de sus mejillas.
Si à respirar en la tarde
El fresco juntos salian
De la frondosa ribera
Por las doradas orillas,
De doña Luz las miradas
En el horizonte fijas
Buscaban alli un objeto
Que jamas aparecia,
Mientras de sus ojos garzos
Tristes lágrimas corrian.
Siempre pàlida y llorosa,
Siempre sola y pensativa
Sus pájaros la enojaban,
Sus bordados la aburrían,
La cansaban los festejos
Y olvidaba à sus amigas.
Su anciano padre trinaba,
Daba mil vueltas, salía
Tornaba à entrar, preguntando,
Siempre en acecho, la pista
Siguiendo de aquella estraña
Perpetua melancolia;
Mas todo en vano; sus dueñas
No estaban mas instruidas
En el asunto, de modo
Que despues de una revista
Escrupulosa, quedaba
La cuestion siempre la misma:
Que doña Luz está enferma,
Que apenas come la niña.

Que llora continuamente,
Que sus trajes la fastidian
Y sus joyas la entristecen,
Y durante el sueño grita
Articulando palabras
Que nadie entiende ó descifra:
Tales eran las respuestas
Que en resolucion solia
Alcanzar el pobre anciano
A sus preguntas continuas,
Y era que el noble guerrero
Ducho en combates y lizas,
No alcanzaba ni una jota
De estrategias femeninas,
Siendo en achaques de amores
Muy cortisimo de vista.

Porque en rúsumen la causa
Que en doña Luz producía
Tan alarmantes efectos,
No era mas que una vivísima
Pasion por aquel pirata
Cuyos requiebros altiva
Escuchó; ¡que así son todas
Las que visten por arriba!

Ay, mujeres! Si los hombres
Estudiaran la cartilla!
Pero bah! ¿quien es el sabio
Que al miraros no se olvida
Como Adan del mundo entero
Por probar?...—Al cabo, un dia
El señor Pero Grijalba
Ya la paciencia perdida,
Pidió esplicaciones claras
Categóricas, precisas,
De aquel dolor incesante

Que comprender no podía.—
Aquí fué Troya: en sollozos
Prorrumpió al punto la niña,
Y hubo pasmo y convulsiones
Y síncope y griteria,
Y al cabo de la jornada
Llorosa y no arrepentida
Cantó doña Luz de plano
Sus congojas y sus cuitas.—
Oyola impasible el viejo
Y le prometió que haría
Cuanto en lo humano cupiese
Por complacerla y servirla;
Y reflexionando luego
Que un clavo otro clavo quita
Y que es la mujer velela
Que hácia todas partes gira,
Calculó que un casamiento
Remedio especial sería
Para extinguir los vapores
Del cerebro de su hija.
Pensó entonces en un jóven
De esperanza y de valía
Pariente suyo, que en Málaga
Por aquel tiempo vivía;
Y así pues, una mañana,
Previa licencia obtenida,
Llevó á doña Luz abordo,
Zarpó el áncara, y henchidas
Por el levante las lonas
Trincó todo de bolina
Para arribar luego en popa
En vuelta de la península.
Dejarémosle que bogue
Sobre la azul y tendida

CAPITULO V.

Griegos y troyanos.

Cette habitude, reprit-il, la voici: au moment où j'étais bord à bord de l'ennemi, je lui envoyais tout bonnement ma velee complète de mousqueterie et d'artillerie bourrée à triple charge. Eh bien; vous n'avez pas d'idée de l'effet que ça produisait...

(UN CORSAIRE.)

*A la vista de Menorca
Un dia al romper el alba
Se hallaba Pero Grijalba
Con viento fresco del Sur,
Cubiertas de blanca lona
Y ademas muy marineras,
Volaban las tres galeras
Sobre el elemento azul.*

*A las diez la de vanguardia
Avistando á barlovento
Una vela, hizo al momento
La convenida señal;
Indicando á poco rato
Que la vela que avistaba
Viento en popa navegaba*

Su linea para cortar.

*Era un enorme jabeque
Cargado de arboladura,
De buen casco, y ancha amura
Buena planta y buenos pies;
Y en cuyas dobles entenas
Que arrogantes se elevaban,
Tendidas al viento estaban
Las rojas armas de Argel.*

*Pero Grijalba pensando
En doña Luz, no queria
Un combate que podia
Tener éxito fatal;*

*Y ansiaba que el argelino
Variase de rumbo y traza.
Dispuesto á no darle caza
Mas tambien á no arribar.*

*Empero el jabeque turco
Que á su encuentro se lanzaba
En lo que menos pensaba
Era sin duda en huir:
En alas del austro ardiente
Se acercaba rencoroso
Ceñido el costado airoso
Con la franja carmesí.*

*Provocadora arrogancia
Mostraba y alta osadía
Cuando á habérselas venia
Con fuerza tan superior;
Sin que terror le impusieran
Tres galeras castellanas
En cuyas altas mesanas
Velaba el regio leon.*

*¿Quién era aquel argelino
Que á la muerte se acercaba?*



¿Quién era aquel que miraba
Como una mengua el huir?
Era Aben-Zayda en persona
Que de padecer cansado
Quería dar á su cuidado
Con su misma vida fin.

Formáronse las galeras
Españolas en batalla
Las lombardas con metralla
Cargadas hasta el brocal;
Y abozadas las entenas
Y la gente repartida,
Principió la mas reñida
Accion que haya visto el mar.

Los argelinos ardiendo
En aquella hórrida zaña
Que al solo nombre de España
Les roia el corazon

Luchaban como gigantes
Aunque con mala fortuna,
Que esta vez la media luna
Era en fuerzas inferior.

Combatidos y estrechados
Por las naves nazarenas,
Cruzábanse las entenas
De ambos enemigos ya
Que envueltos en humo denso
Y pálidos de coraje
Ansiaban al abordaje
Con su adversario acabar.

Las tres galeras à un tiempo
La de Aben-Zayda abordaron,
Y los cristianos saltaron
Sobre su borda en tropel:
Quien con hacha ó con cuchillo

Trepa al abierto costado,
Quien con una pica armado
Salta al partido baupres.

Alguno al saltar recibe
La muerte en las batayolas,
Otro blasfema en las olas
Que le van á sepultar;
Aquí el sonido se escucha
Silbador del limpio acero,
Allí cruje un mastelero,
Suena un arcabuz allá;

Aquí rueda entre gemidos
Una cabeza erizada,
Tiñe la blanca amurada
Negra sangre por allí;
Acá «¡España!» gritan unos,
Allá los otros «¡Mahoma!»
Y un nuevo tumulto asoma
Y nuevo afan por aquí.

Voces, ayes y alaridos,
Blasfemias, imprecaciones,
Heridas y contusiones
Humo denso por do quier,
Tal es el cuadro espantoso
Que sobre las olas pinta
Con enrojecida tinta
La galera del infiel.—

Aben-Zayda á la cabeza
De la morisca falanje
Blandiendo su curvo alfanje
Siembra el espanto en redor;
Y de enemigos cercado
Dobla herido la rodilla,
Pero la frente no humilla
Ni demanda compasion.

Antes con torva mirada
Reta el cristiano altanero
Y esgrime el cortante acero
Aun que mal herido está;
Pero al fin vencer no puede
A la turba enfurecida;
Casi exánime y sin vida
Inclina la regia faz.—

A flojaron los moriscos
Entonces la resistencia
Rindiéndose á la clemencia
Por fin de su vencedor;
Y terminando el combate
Volviéron nuestras galeras
Su rumbo á tomar ligeras
En la antigua formacion.

Pálido el bello semblante,
Los negros ojos rasgados
Casi por la muerte helados.
Y de la tumba al dintel,
Fué Aben-Zaida á la galera.
CAPITANA conducido.....

¿Qué fué lo que allí el herido
Con sorpresa llegó á ver?

CAPITULO VI.

Que concluye por un casamiento espiritual, que
sirve al mismo tiempo de epilogo.

Le mariage est né de l'amour comme
le vinaigre du vin...
BYRON.))

*Hay una voz simpática y oculta
Que el corazón entiende enamorado,
Que nos une à otro ser é identifica
Nuestra alma con la suya en dulce lazo;
Una voz misteriosa que nos dice
Si sufre y vierte doloroso llanto
Y si pensando en nuestro amor suspira
Momentos deliciosos recordando...
Pero todo este exordio metafísico
Que ni yo mismo á comprender alcanzo
Ha querido decir ni mas ni menos*

Traducido al corriente castellano
Que doña Luz tenía el presentimiento
Indefinible, nebuloso y vago
De que alguna desgracia sorprendente
Estaba á su argelino amenazando.
Vióle llegar despues de muerte herido,
Pálido el rostro, lívidos los labios,
Aquellos labios que otro tiempo dulces
Amorosas palabras pronunciaron.
La pobre niña desolada, muerta,
En ondas el cabello destrenzado
Y los ardientes ojos encendidos
Amarguisimo llanto derramando,
Sobre el cuerpo del moro moribundo
Se arrojó convulsiva, con sus brazos
Estrechando amorosa su cabeza
Y dolorosos ayes exhalando.
Abrió Aben-Zayda los hundidos ojos
De la jóven al vívido contacto,
Y, «¡soy feliz!», desfalleciente dijo,
«¡Ya no siento morir!... ¡Te amaba tanto!...»
No pudo continuar, la muerte habia
Su espíritu del cuerpo separado.

Para que concluya el cuento
Bien ó mal, añadiré
Que doña Luz llegó á Málaga
Donde á la memoria fiel
De su amante, nunca quiso
Matrimonio contraer;
Y viéndose de continuo

*Sitiada por un doncel
Candidato por el padre,
Condicion que siempre fué
Bastante para que á un hombre
Aborrezca una mujer,
Tomó el partido de echarse
En los brazos de la fé,
Y en un convento de monjas
Fué su dolor á esconder.*

FIN

Y en el punto de vista de la moralidad
y de la justicia, el hecho de que un hombre
sepa que su conducta es mala, y que
aun así la practica, es una falta grave.
Y en el punto de vista de la moralidad
y de la justicia, el hecho de que un hombre
sepa que su conducta es mala, y que
aun así la practica, es una falta grave.

NOTAS.

DEL NEGRERO.

- (1) Y en el pico.—*Se llama pico el extremo de la verga cangreja por que pasa la driza del pabellon nacional.*
- (2) Del espeso forro.—*Forro es el conjunto de la tablazon exterior de un buque, clavado en el sentido de popa á proa sobre las ligazones y barraganetes.*

DE LA CONDOR.

- (3) Tope.—*El extremo superior de cualquiera de los palos de un buque, metafóricamente, el marinero que está de vigilancia en las crucetas ó vergas durante el dia.*
- (4) Su blanca estela.—*El rastro que deja tras si la nave.*
- (5) Virar por abante.—*Cambiar de rumbo pasando la proa por aquel de donde viene el viento; en oposicion á la manioba de virar por redondo, que se efectúa cuando se toma el otro rumbo de bolina virando viento en popa.*
- (6) Sus dos fajas descubriera.—*Los navios de linea llevan generalmente pintadas dos fajas blancas por cada costado, cada una en la direccion de su correspondiente bateria.*
- (7) En facha bracearon.—*Disponer el aparejo de modo que el buque quede parado ó con muy poco andar.*
- (8) Eslora.—*Lo mismo que longitud del buque.*
- (9) Manga.—*Ancho.*
- (10) Arrufo.—*Elevacion de la popa y proa del buque con respecto á su centro de longitud.*

(11) Quebranto.— *Depresion de las mismas partes. El quebranto es lo contrario del arrufo.*

(12) Calado — *La parte del casco sumergida.*

(13) Chaza.— *La distancia de porta á porta, ó bien de cañon á cañon.*

(14) Un agua descubierta.— *Cuando un buque hace agua, y se sabe el punto por donde entra, se dice que se ha descubierta un agua por tal parte, etc.*

(15) Cazadas sus velas.— *Cazar una vela es una de las operaciones necesarias para orientarla ó ponerla de modo que reciba favorablemente el impulso del viento.*

(16) Equipaje.— *La marineria y guarnicion de un bajel.*

DEL CAPITAN WOLF.

(17) Pairo.— *Detener el buque, haciendo uso para ello de sus velas.*

(18) Cortar los cables.— *Arriarlos para ahorrarse el tiempo que se emplea en levar ó suspender las anclas.*

DE LOS CONTRABANDISTAS.

(19) Láina.— *La vela triangular que usan los faluchos.*

(20) Cargar la mayor.— *Cargar una vela es lo mismo que suspenderla ó recogerla por medio de unos cabos preparados al efecto.*

(21) Amolladas las escotas.— *Lo mismo que aflojarlas por estar el viento mas en popa.*

(22) Portalon.— *Seccion practicada en la parte de la obra muerta del buque por donde se entra y sale de abordo.*

DE UNA MUJER COMO HAY MUCHAS.

(23) De la falca.— *La parte superior de la obra muerta en las embarcaciones menores.*

INDICE

de las materias de este libro.

	PÁGINAS.
INTRODUCCION.— Al mar.	15
El Negrero.	19
La noche en calma.	39
La Condor	43
Trafalgar.	56
<i>El capitán Wolf</i> .—I. La Orgia.	61
II. Ines.	65
III. Continuacion del cuento.	70
IV.	73
V. Mi amigo Wolf.	74
VI. Duelo.	76
A Nuestra Señora del Cármen.	80
Los Contrabandistas.	84
Roma y Cartago	94
<i>Una muger como hay muchas</i> .—CAPÍTULO PRIMERO.	
Que es el principio de esta dulcísima é ima- ginada historia.	98
CAP. II. De Caribdis á Scila.	103
CAP. III. Todo lo vence el amor; hasta á los piratas.	110
CAP. IV. Peripecia femenina.	117
CAP. V. Griegos y Troyanos	122
CAP. VI. Que concluye por un casamiento espiri- tual, que sirve al mismo tiempo de epílogo.	127
NOTAS,	131

El primer libro de la historia de la ciudad de Sevilla
 de don Juan de Mariana. En la qual se contiene
 la descripcion de esta ciudad, y de su antiguedad
 segun se ve en las ruinas de ella. En el qual
 se trata de su fundacion, y de su dilatada
 duracion. En el qual se trata de su
 de las ruinas de este libro.

PARTE PRIMERA

13	INTRODUCCION
19	El primer libro de la historia de la ciudad de Sevilla
29	La ruina de la ciudad de Sevilla
43	La ruina de la ciudad de Sevilla
58	La ruina de la ciudad de Sevilla
64	La ruina de la ciudad de Sevilla
65	La ruina de la ciudad de Sevilla
70	La ruina de la ciudad de Sevilla
73	La ruina de la ciudad de Sevilla
74	La ruina de la ciudad de Sevilla
76	La ruina de la ciudad de Sevilla
80	La ruina de la ciudad de Sevilla
84	La ruina de la ciudad de Sevilla
92	La ruina de la ciudad de Sevilla
98	La ruina de la ciudad de Sevilla
103	La ruina de la ciudad de Sevilla
110	La ruina de la ciudad de Sevilla
117	La ruina de la ciudad de Sevilla
122	La ruina de la ciudad de Sevilla
127	La ruina de la ciudad de Sevilla
131	La ruina de la ciudad de Sevilla

NOTAS